

¡KI-AI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

UN PLACER A SU ALCANCE





COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

UN PLACER A SU ALCANCE
(M. P. SAVAGE-10)

Colección ¡KIAI! n.° 37
Publicación semanal

¡KIAI!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA BOGOTÁ BUENOS AIRES CARACAS MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

32- El hombre de Oriente, *Lou Carrigan.*

33- Café con Yama-Zuki, *Ralph Barby*.

34- Los jarrones de la muerte, *Curtis Garland.*

35- La estrella de Lorna Mili, *Clark Carrados.*

36- El signo del alacrán, *Curtis Garland.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 26.210 - 1977

Impreso en España - Printed in Spaín

1.ª edición: setiembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida
por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La niebla, densa y casi impenetrable, había caído aquella noche sobre las aguas oceánicas a poca distancia, apenas unas millas, frente a la costa californiana, a la altura del paralelo 38, que era lo mismo que decir que poniendo proa al este, en pocos minutos de navegación, llegarían a la bocana de la bahía de San Francisco, el gran San Francisco, la babel de la costa oeste de Estados Unidos de América.

El pequeño, pero lujoso yate, tenía la maquinaria al ralentí. No avanzaba ni retrocedía, ni siquiera había echado el ancla para sujetarse sobre las aguas oceánicas; tampoco navegaba al garete.

Huang Tiw estaba al timón y aunque al otro lado del cristal sólo tenía bruma, con aquella media docena de esferas luminosas que tenía en el salpicadero, muy sofisticado en su clase, controlaba perfectamente la situación en que se hallaba.

Cuando el yate, debido al ligero pero continuado oleaje o por las corrientes marinas se movía, Huang Tiw accionaba el volante del timón y volvía a colocarlo en situación.

Phil Nobody, con los cascos auriculares puestos, controlaba un radiotransmisor. De cuando en cuando, enviaba señales en Morse, señales sin importancia, intrascendentes. En realidad eran partes meteorológicos previamente convenidos, como si los comunicara a algún pequeño barco de pesca.

—Ya están ahí —dijo el que cuidaba de la radio.

Tras advertir lo que estaba sucediendo, conectó el amplificador de volumen y sin ayuda de auriculares se escucharon claramente los pitidos del Morse.

Kink Yoke se levantó de la confortable butaca en la que había estado fumando un cigarrillo y leyendo el *Playboy,* una butaca atornillada al piso de madera para que no se desplazara a causa de los movimientos de la nave, y se acercó al radiotelegrafista.

—¿Seguro que no es un guardacostas de la policía?

Phil Nobody le miró con una sonrisa que dejaba mostrar sus dientes grandes y fuertes, dientes de depredador en una jungla de asfalto, hormigón, acero y cristal.

—Si supiera traducir esos pitidos se daría cuenta de que no es la policía; son nuestros amigos.

Kink Yoke le miró con sus ojos enigmáticos, que nunca se sabía si destilaban odio o simpatía. Eran unos ojos inescrutables de los que convenía no fiarse. Aquel hombre, con la misma mirada con que hacía el amor con una mujer deseada, podía asesinar al más mortal de sus enemigos.

Kink Yoke no era un personaje vulgar, todo lo contrario. Kink Yoke tampoco era alto pero sí fornido, ancho de espaldas, sin grasa, transpirando poder, un poder dominante y avasallador que era de temer.

Sus cejas apenas se veían y su cráneo se hallaba totalmente afeitado, aunque en aquellos momentos se cubría con un sombrero tan cuidado que podía haber sido comprado en Lock & Co. de Belgravia, en Londres.

Kink Yoke era uno de aquellos personajes con sangre oriental que gustaban de la elegancia más refinada y rechazaban la vulgaridad, lo imperfecto; todo aquello que careciera de calidad.

—Estúpido, trágate tu sonrisa o verás cómo te recorto las alas.

Phil Nobody carraspeó y dejó de sonreír.

Desde el timón, Huang Tiw preguntó:

—¿Qué hago?

—Mantente en la misma posición, ya se acercarán ellos. Nosotros somos los compradores —le dijo Kink Yoke, oriental por sus rasgos, por su mentalidad, pero ciudadano norteamericano por nacimiento.

Salió a cubierta y se encaminó a popa. Allí aguardaba otro personaje, vestido con un ajustado traje de neopreno y que tenía listas unas botellas de aire comprimido enriquecidas con oxígeno puro y pintadas de negro. Todo él era negro, como el clásico Fantomas salteador de hoteles.

El traje de buceador carecía de las bandas amarillas o anaranjadas usuales para ser vistos a distancia en caso de extravío bajo el mar; todo, absolutamente todo, era negro.

—Miyajima...

—¿Se acerca el momento? —preguntó el buceador japonés.

—Sí. ¿Estás dispuesto?

—A punto.

—Ya sabes, cuando aparezcan las señales luminosas, será el momento.

—Comprendido. Creo que esta densa niebla nos va a ayudar.

—Sería mala cosa que nos descubriera la policía de costa.

—Aunque nos descubriera, nada podrían decir; vamos a la pesca del pez espada.

—Dicen que la carne del pez espada está contaminada con el mercurio que las industrias evacúan en el mar.

—Diremos que no es para comer, sino para hacernos una fotografía —objetó, sarcástico, Kink Yoke tras su cigarro de a doce pulgadas con una extraña vitola en la que aparecían impresos en relieve unos ideogramas orientales.

—¡Señales luminosas, señales luminosas! —advirtió, casi a gritos, Huang Tiw que se mantenía junto al volante, controlando el yate.

—Espero que no se les ocurra hacer sonar la sirena. ¡Nobody!

—Sí, ya voy —repuso el interpelado.

—¡Vamos, aprisa!; contesta a las señales, antes de que se nos echen encima. Con esta niebla no sería nada extraño una colisión y los dos nos iríamos al fondo como pasto de tiburones.

Había estado navegando con las luces de señalización apagadas. Nobody, en cubierta, comenzó a accionar el heliógrafo eléctrico potenciado por una lámpara de cuarzo y cuyas señales fueron respondidas a través de la niebla.

La proximidad de ambas embarcaciones ya podía resultar peligrosa.

Las contraseñas estaban dadas y se encendieron las luces de señalización, pero no las de las puntas de los mástiles, sólo las de proa y popa para delimitar la eslora del yate.

La nave que se aproximaba, detuvo su motor y avanzó por el propio impulso que llevaba. Surgió de entre la niebla, situándose junto al yate de Kink Yoke.

Sin que nadie pudiera notarlo, el japonés situado a la popa del yate, con todo el equipo de submarinista convenientemente sujeto al cuerpo, se dejó caer hacia atrás por la borda, dando el golpe de riñón, técnica apropiada para hundirse en el agua un escafandrista que llevara todo el equipo. Miyajima desapareció bajo las aguas sin dejar rastro.

La embarcación que se les había acercado era más pequeña y veloz, y en nada parecía lujosa. Se colocó a babor del yate de Kink Yoke cuya proa miraba al sur y se encendió un potentísimo foco que iluminó de lleno y profusamente el yate que había estado esperando en el punto de reunión.

El foco quedó colocado de tal forma que su luz no podía verse desde la costa.

Tres hombres armados con metralletas «Stein» apuntaban hacia Kink Yoke y sus hombres.

—¿Queréis dejarnos ciegos? ¡Apagad esa condenada luz; pueden vernos! —ordenó, más que pidió, Kink Yoke con su potente voz, una voz dominante y ahora irritada.

No apagaron la luz aunque sí disminuyeron su potencia, de tal modo que se podía ver y posiblemente no serían vistos a distancia.

Apareció un cuarto hombre. Vestía traje completo y en nada se parecía a un marinero, aspecto que sí tenían los tres que iban armados con las metralletas «Stein».

—¿Kink Yoke?

—¿Qué pasa, Clyton, no te fías de tus compradores?

—Nunca se sabe lo que puede pasar. ¿Traes el dinero?

—No estoy acostumbrado a que me apunte la artillería.

—¡Muchachos, bajad las armas! —ordenó Clyton. Después, saltó de una embarcación a otra. Buscó la más amplia y amigable de sus sonrisas, y la puso en su boca mostrando los dientes—. En este negocio, tú sabes que hay que andarse con mucho cuidado.

—Podría hacer que te cortaran a pedacitos para alimentar a alevines de pirañas, Clayton; las pirañas grandes se te comerían demasiado aprisa.

—No te lo habrás tomado en serio, ¿verdad?

—Que no se repita una situación semejante, Clyton, no lo iba a consentir ni tú a soportar.

—Verás, Yoke, yo soy un independiente, me juego mucho. Tú estás protegido por el Sindicato, no hay igualdad.

—Déjate de puñetas y vamos al negocio, no podemos pasarnos la noche aquí, pueden sorprendernos.

—Mi yate puede navegar por encima de los cuarenta y cinco nudos, no creo que un guardacostas me alcanzara.

—Pero un cañonazo sí que te alcanzaría. ¡Anda, pasa!

Kink Yoke lo hizo entrar en !a nave y le mostró dos maletas de grueso plástico negro, reforzadas.

—Aquí está el dinero —dijo.

—Ábrelas tú mismo, Yoke.

—¿Por qué? Toma, aquí están las llaves.

—Está bien, las abriré yo —aceptó Clayton, mirando de reojo al enigmático Kink Yoke que seguía fumando su grueso y largo cigarro con vitola de ideogramas orientales.

—Por supuesto, estará todo bien, Yoke.

—Si hubiera una bomba ahí dentro, ¿piensas que estaría yo a tu lado?

—No, claro que no.

Clyton abrió las dos maletas. Dentro de ellas aparecieron montones de fajos de billetes.

Tomó al azar uno de ellos, observó el billete que estaba encima y le gustó; lo acarició con las yemas de sus dedos y luego pasó el resto de los billetes como si fueran las hojas de un libro.

—Es muy bonito todo esto.

—Suficiente para que te retires, Clyton.

—Quizá lo haga. Supongo que estarán los cinco millones, ¿eh?

Me he jugado mucho en este negocio y también he tenido que repartir mucho dinero.

—Todo buen negocio requiere una inversión importante y un riesgo que correr. Por ejemplo, imagínate que la mercancía que me vas a entregar no fuera de óptima calidad y no estuviera en la cantidad acordada.

—Ya sé, el Sindicato se me echaría encima.

—No hay ningún lugar en la Tierra; ningún escondite de este podrido planeta, donde pudieras esconderte. Siempre hay un tentáculo armado del Sindicato que llega al lugar más recóndito y solitario y allí se produce la ejecución.

Clyton no abandonó su sonrisa y respondió a la amenazadora observación.

—Lo sé, por eso no gasto bromas pesadas con el Sindicato. Lo único que sucede es que tomo mis precauciones.

—Cuenta el dinero si no te fías, Clyton.

—Yoke, tú eres un tipo muy especial; uno de los últimos fichajes del Sindicato y muchos se preguntan en qué negocios le vas a meter.

—Eso a ti no te importa, Clyton.

—Verás, en el mundillo de la droga yo sé lo que me traigo entre manos. Podría colaborar contigo, si el pastel es grande puede haber para todos.

—Cuando demasiadas moscas se posan sobre un pastel, el pastel deja de ser apetitoso.

—De acuerdo, Yoke, pero si en alguna ocasión piensas en un proveedor que no te hará trampas, acuérdate de Clyton.

—¡Je, je, lo anotaré en mi agenda! —Y sonrió forzadamente.

Clyton no era ningún estúpido como para entretenerse contando todos los billetes de Banco que estaban metidos en las dos grandes maletas, pero sí fue levantando los fajos para ver qué había en el fondo. Lo palpó, volvió a colocar los billetes dejando a un lado su recelo y cerró las maletas.

—Ya puedo llevármelas.

—Primero, que tus hombres pasen la mercancía a mi vate.

—Naturalmente.

Clyton dio unos silbidos que, en sí mismos, y por el cambio de notas, eran toda una contraseña.

Del interior del yate veloz salieron otros tres hombres que no eran los que se mantenían vigilantes con las metralletas, aunque ahora los cañones apuntaban hacia abajo.

Los tres marineros de Clyton pasaron por la borda unas cajas enfundadas en plástico bien cerrado, lo que las hacía impermeables.

—Puedes abrirlas y comprobar la mercancía.

—No soy tan desconfiado como tú, Clyton, me basta con tu

palabra.

—Comprendo. Tienes todo el Sindicato a tu espalda y yo no puedo correr el riesgo de engañarte.

—Exacto.

—Una pregunta, Yoke.

—Es posible que no te responda.

—De todos modos la haré, no puedo evitarla.

—¡Anda, escúpela! A lo mejor se la traga el mar y un tiburón te la responde a dentelladas.

—¿Por qué te ha señalado el Sindicato como un hombre importante?

—¡Je, je!, es posible que porque de veras sea un hombre importante.

—Ya está, patrón —dijo uno de los marineros tras haber pasado la décima y pesada caja por encima de la borda para depositarla en el yate de Kink Yoke.

—Ya puedes llevarte tus maletas. No las pierdas, valen una fortuna.

—Lo que tú te quedas también vale una fortuna, aunque tendrás el problema de la distribución al por menor.

—Eso es cuenta mía, Clyton.

—Sí, es cosa tuya

Clyton asió las dos maletas por sí mismo, sin permitir que nadie le ayudara, y regresó a su lancha rápida.

—¡Adiós, Yoke! Cuando quieras comprar más. va sabes dónde encontrarme.

El motor de la lancha rápida se puso en marcha y se alejó. Al apagar sus luces de señalización, desapareció como si se disolviera en la bruma oceánica.

Por estribor aparecieron las manos del japonés Miyajima.

Nobody se acercó a él y le ayudó a subir a bordo, lo que hizo chorreando agua.

—¿Todo bien, Miyajima?

El japonés se quitó las lentes subacuáticas y miró a Kink Yoke, que se mantenía a una distancia prudencial para no ser mojado. Asintió.

—Todo bien.

—¡Huang Tiw!

—Sí, Yoke.

—¡Rápido, a la costa!

Los motores del lujoso yate abandonaron el ralentí. La hélice comenzó a girar cada vez más rápida y la embarcación a desplazarse. Nobody se apresuró a atar una caja a otra mediante gruesas y resistentes cuerdas de nylon.

El japonés Miyajima preparó entonces un vehículo subacuático con tracción eléctrica que tenía el aspecto de una bala gigante. En lo que podía dominarse popa tenía una argolla de enganche donde sujetaron la cuerda que a su vez ataba todas las cajas recién adquiridas,

De pronto, en forma apenas perceptible, se produjo una súbita luminosidad a través de la niebla. Casi al unísono, hubo una fuerte explosión cuya onda se transmitió a través de la niebla y el agua.

Los hombres de Kink Yoke quedaron callados; por unos instantes, en el océano se produjo un denso silencio que rompió el propio Kink Yoke diciendo a Miyajima:

—Perfecto. Siempre he opinado que para esta clase de trabajos, los japoneses erais los mejores. ¿Te ha sido difícil?

—No. Para colocar esa bomba que tenía que activarse al superar la nave los treinta nudos de velocidad, sólo había que procurar no hacer ruido con las sujeciones magnéticas. Esos barquitos suelen llevar sensores de sonido que les da la alerta, pero como nuestro yate tenía el motor al ralentí, es posible que no hayan captado nada.

—Lo que no entiendo —se quejó Phil Nobody, el único occidental del grupo de cuatro hombres—, es cómo ha podido hacer volar cinco millones de dólares,

—No estoy loco, Nobody, la inversión era tan sólo de cien mil dólares, que ya es mucho.

—¿Y el resto? —insistió Nobody.

—Billetes falsos.

—¿Falsos? —se sorprendió Nobody.

—¡Imbécil, no creerías que iba a darles cinco millones! ¿Verdad? Con cien mil dólares que se vayan al fondo del océano es suficiente. Ahora, botad el remolcador subacuático.

Dejaron caer al agua aquel artefacto con volante y que tenía aspecto de bomba; después lanzaron las cajas impermeabilizadas, atadas una a otra y enganchadas a! motor.

Miyajima se cogió al aparato y lo puso en marcha, sumergiéndose hasta el cuello. Se alejó arrastrando tras de sí las cajas en dirección a un punto determinado donde aguardaba una furgoneta.

—Perfecto, todo perfecto. Huang Tiw, proa al Golden Gate, San Francisco nos espera.

Las hélices del lujoso y no muy grande yate roncaron y la proa surcó el agua dejando una estela tras de sí. No muy lejos, aplastados por la bruma que no parecía querer remontarse, flotaban unos restos de embarcación.

CAPÍTULO II

El consejo superior de administración de la Tiger Tobacco Company se hallaba reunido en torno a la larga mesa de cantos redondeados.

Los rostros estaban sombríos. Una secretaria les había mostrado la gráfica económica de la empresa que había hecho llegar a la sala del consejo mediante un panel rodante.

Los negocios no iban nada bien para la compañía tabaquera norteamericana de venta internacional, como la mayoría de marcas de los tabacos norteamericanos.

El presidente John Warren, de la dinastía Warren (su abuelo había sido el fundador de la compañía de elaborados de tabaco) se hallaba en su poltrona, escrutando uno a uno los rostros de los miembros del consejo de administración.

—Como habrán podido comprobar, las acciones de la compañía están en un doscientos por cien por debajo de su valor.

—La ruina —rezongó uno de los miembros del consejo.

—El desastre —añadió otro.

—La *debacle* y por si fuera poco, en el mercado de Wall Street de Nueva York y en el mismísimo Londres se conoce esta desastrosa situación.

—Vender ahora sería la ruina total y la desaparición de la compañía un rotundo beneficio para la competencia —puntualizó John Warren con sentido realista y práctico.

—Señor Warren, todos le dimos un voto de confianza y ha fracasado —comenzó a decir el decano de la reunión en tono de repulsa y explicación a la vez—. Su abuelo fundó la Tiger Tobacco; fue una buena iniciativa. El padre de usted le dio impulso, compró nuevas áreas productoras de tabaco, importó distintas variedades y llegó a crear la compañía. Dejó de ser el negocio de un sólo hombre, se crearon las acciones y la Tiger Tobacco Company se hizo grande, cruzando las fronteras. Con el simple nombre de Tiger se hizo símbolo del cigarrillo americano; recorrió Asia, África y la siempre difícil Europa por la competencia británica que allá tenemos. Luego, el padre de usted desapareció y el negocio siguió adelante.

—Y no pueden negarme que se aumentaron nuevas áreas de cultivo de tabaco, tanto en Estados Unidos como en otros países

extranjeros para mejorar la calidad con las mezclas elaboradas.

—Sí, pero hace algún tiempo que el negocio va de mal en peor —apuntó uno de los sombríos accionistas.

—Hay mucha juventud que no fuma.

—Algunas estadísticas aseguran lo contrario y son de fiar —objetó otro de los miembros del consejo.

—El problema más grande ha sido la exhaustiva campaña anticáncer y esas etiquetitas que nos obligan a colocar en las cajetillas, advirtiendo que es un producto nocivo para la salud. Ha sido como obligarnos a admitir que estamos vendiendo veneno —protestó airado John Warren, disculpándose en el fondo.

—Otros elaborados de cigarrillos insertan la misma advertencia en sus cajetillas y siguen vendiendo, quizá con cifras más altas y no creo que sea el momento de enumerar marcas de cigarrillos que se venden muy bien aquí en Estados Unidos y en todo el mundo, mientras que la Tiger no saca el tabaco de sus almacenes. No vendemos, eso es lo que sucede.

—Caballeros, lo que hace falta es un relanzamiento. Dejamos la promoción y publicidad de lado porque creíamos que la Tiger se vendía sola y ha sido un error.

Al público consumidor hay que estar machacándole siempre lo que debe comprar, porque cuando se deja de hacerlo, el cliente olvida y se deja arrastrar por otras publicidades. Lo que necesitamos es un presupuesto elevado para promoción,, para un fortísimo y avasallador relanzamiento pese a que en determinados medios no podamos hacer publicidad porque se nos prohíbe, como en la televisión; pero, hay periódicos, revistas, vallas. Hay folletos, espectáculos, contratación de recintos dando veladas deportivas como boxeo o comedias musicales. Hay muchas formas de publicidad, directa o indirecta, que no están prohibidas y debemos emplearlas. Comenzaremos el relanzamiento en Estados Unidos y después pasaremos al resto del mundo.

Uno de los accionistas protestó entre escéptico y desesperanzado.

—Es una locura, una utopía. No tenemos dinero ni para comenzar una campaña.

—Hay una forma de tener ese dinero —explicó John Warren.

La pregunta «¿cuál?», fue unánime.

—Lanzando un nuevo paquete de acciones, un paquete importante.

—Eso es absurdo por varias razones —le cortaron, casi alterándose los nervios de los presentes.

—¡Calma, calma, sé lo que van a decirme! Lanzar un grueso paquete de nuevas acciones es desvalorizar totalmente las que ya tenemos nosotros, pero las acciones que ahora poseemos, sólo son

papeles mojados como vulgarmente se dice. Si lanzamos un nuevo paquete de acciones, las que tenemos adquirirán un valor real y no inflacionario.

—Pero ¿quién es el loco que puede comprar un grueso paquete de acciones de la Tiger Tobacco Company? —preguntó alguien, al borde de una risa incontrolada.

—Ese paquete está vendido de antemano. Todos continuaremos siendo accionistas, pero el comprador sería el accionista mayoritario.

Se produjeron unos instantes de silencio. Todos habían quedado perplejos, desconcertados. Era difícil creer que existiera alguien capaz de adquirir el grueso de las acciones de una compañía que estaba en la quiebra, aunque ésta no se hubiera declarado oficialmente.

—¿Quién ha comprado, señor Warren?

—A los accionistas no se les pregunta su nombre. Digan ustedes si están de acuerdo en lanzar ese nuevo paquete de acciones para salvar este barco que no es que se hunda, sino que ya está hundido.

—¿Y el comprador lo sacará a flote? —preguntó el hombre que estaba casi en la otra punta de la larga mesa.

—¿Cree alguien que iba a invertir millones de dólares si no pensara que va a sacarlo a flote?

Todos se miraron entre sí. Al fin, uno dijo en voz alta:

—Perdido por perdido, saca lo que puedas. Vale más tener unas acciones pequeñas que no unas acciones que sirvan sólo como papel higiénico. Por mí, aceptado.

Hubieron ligeras vacilaciones, mas todos acabaron aceptando.

John Warren abrió su portafolios y extrajo unos documentos que pidió que se distribuyeran, rogando:

—Si están de acuerdo, firmen. Es la autorización legal para el lanzamiento de las nuevas acciones.

—¿Seguro que están vendidas? —interrogó uno de los más recelosos.

—Sí. Tendremos un accionista más y yo lo voy a sentir más que nadie, porque hasta el día de hoy los Warren hemos sido mayoría. Trágicamente, los tiempos cambian y con esta firma dejo de serlo.

Los documentos de autorización fueron firmados y regresaron al portafolios de John Warren, el cual no pudo contener un suspiro.

—Caballeros, hemos salvado a la Tiger Tobacco Company.

—No creo que una inyección de dólares salve a esta compañía —gruñó uno, desesperanzado.

John Warren extendió su mano hacia el dictáfono y habló por él.

—Señorita, diga al caballero que espera que pase.

—Sí, señor Warren —asintió la voz de la secretaria personal de John Warren.

Todos volvieron sus rostros hacia la puerta que al fin se abrió y apareció un hombre fornido, inquisitivo y a la vez inescrutable. Entre sus dedos llevaba un largo y grueso cigarro. Parecía no tener vello en las cejas y su cráneo estaba afeitado. Vestía con una exquisita elegancia.

—¡Buenos días, caballeros! No voy a perder el tiempo, soy Kink Yoke. —Echó a andar mientras seguía hablando—. En adelante voy a dirigir la Tiger Tobacco Company para que las acciones tengan un valor real y sean codiciables en el mercado.

Llegó junto a John Warren que se había puesto en pie para saludarle, tendiéndole la mano, Kink Yoke se la estrechó y dijo:

—Hágase a un lado, voy a sentarme.

John Warren carraspeó y, aceptando la humillación, se quedó al lado de la gran butaca tapizada con cuero lino y rojo, la poltrona en que se aposentó sin ambages Kink Yoke.

—¿Es usted el que ha comprado las acciones? —preguntó uno de los miembros del consejo.

—No, pero como si lo fuera. Soy el hombre de confianza que la organización a la que pertenezco ha destinado para que saque a flote esta compañía.

Nadie se atrevió a preguntar de qué organización se trataba. Las acciones habían sido ya tomadas y allí estaba el representante de quienes ponían el dinero.

El señor Warren, fallándole algo la voz, pues su humillación era grande, trató de explicar:

—El señor Yoke será presidente del consejo, gerente de la empresa y director general. Bueno, creo que como representa a la mayoría del paquete de acciones, dirigirá la empresa a su modo.

—¿Alguna objeción? —inquirió Kink Yoke No hubo respuesta y prosiguió — : No se arrepentirán de la decisión que han tomado. Habrá dinero abundante para la campaña de relanzamiento publicitario. El *slogan* de la compañía en adelante será: «Tiger, un placer a su alcance».

—Un *slogan* brillante pero poco original; hay otros que se le parecen —objetó uno de los reunidos.

—La frase, por sí sola, es buena, lo admitan ustedes o no, pero la ornamentación le dará en el mercado todo el efecto que se busca.

Se abrió un gran cuadro que estaba en la sala, a la vista de todos, y quedó al descubierto una gran pantalla magnética de televisión que debía recibir y reflejar lo que estaba encerrado en un magnetoscopio a color.

—Caballeros, ahora verán ustedes la publicidad que vamos a lanzar de una forma profusa y aplastante. Cuesta dinero, pero será efectiva, ya lo verán. Miren a la pantalla.

Kink Yoke sacó de su bolsillo un pequeño controlador de ondas, un mando a distancia no mayor que un paquete de cigarrillos, y la pantalla se iluminó.

Apareció un hermoso tigre sobre un fondo liso de color rosado salmón con el *slogan* de *Tiger, un placer a su alcance.* El tigre parecía muy satisfecho.

Kink Yoke manipuló el controlador a distancia y la imagen cambió, apareciendo el mismo tigre y subida sobre él, de forma muy erótica pero que no cabía censurar por su especial colocación, había una muchacha desnuda y rubia, de largos cabellos. Con sus .manos se cogía al cuello del fiero y bello animal. *Tiger, un placer a su alcance,* rezaba.

En la sala no se hacían comentarios y Kink Yoke cambió la proyección.

Una mulata de cuerpo felino estaba arrodillada frente al tigre, cogiendo con mucha malicia las orejas del animal que, por lo visto, era pacífico pese a su formidable aspecto. *Tiger, un placer a su alcance.*

Kink Yoke cambió la imagen y se vio a otra joven de rasgos orientales, sentada de lado y no a horcajadas sobre el lomo del tigre.

Las tres muchachas ofrecían una artística y nada pornográfica desnudez. *Tiger, un placer a su alcance,* seguía el *slogan.*

Kink Yoke cambió de nuevo y apareció el gran tigre de costado. Tras él, acuclilladas, asomando sus cabezas, hombros y manos, estaban las tres jóvenes de radiante belleza, atractivas para todas las razas. En esta ocasión, el *slogan* cambiaba: *Tiger tiene siempre un excelente pitillo para cada ocasión.*

En aquel momento, se elevaron cuchicheos entre los accionistas.

—¿Qué les parece, caballeros? —preguntó Kink Yoke en voz alta, autoritario, sin concesiones, aunque estuviera pidiendo opiniones.

—Los anuncios son buenos —admitió uno de los accionistas.

—Es una buena publicidad, pero no creo que resulte suficiente —objetó otro—. Ya sabe los problemas que hay con la televisión.

—No hay cuidado, pegaremos los posters que han visto, con sus *slogans,* por toda la Unión, de costa a costa. El tigre y las tres chicas se harán populares; tan populares que a las chicas se las reconocerá nada más verlas. Esas muchachas, por si no lo saben, son excelentes bailarinas y *budokas.*

—*¿Budo* qué...? —preguntó uno del grupo.

—Budokas, practicantes de las *Artes Marciales Orientales.*

—¿Y eso qué tiene que ver con la marca de tabacos Tiger, que es lo que a nosotros nos importa?

—Por favor, caballeros, dejen hablar al señor Yoke —pidió John Warren.

— Hemos preparado unas cuñas publicitarias para televisión y cine con esas chicas actuando, unas veces en grupo y otras por separado. Se las verá bailar, serán rabiosamente eróticas y también aparecerán con sus *judogis* puestos practicando *Karate, Judo* y alguna que otra disciplina más que a ustedes mismos les sorprenderá.

—El control de televisión lo prohibirá.

—No podrá prohibir sus actuaciones porque ellas no saldrán en ningún momento anunciando cigarrillos, ni siquiera fumándolos y tampoco aparecerá el tigre de la marca de tabaco. Haremos que el público, el potencial de consumidores, se fije en ellas y rápidamente las asocie con el tabaco Tiger.

—¿Algo así como una publicidad *subliminal* [1]? —preguntó uno de los miembros del consejo de administración.

—Tanto como eso, no —objetó Kink Yoke—. Si fuera subliminal, la publicidad también estaría prohibida. Será una publicidad por asociación de ideas, de imágenes. Será una campaña de relanzamiento de unos cigarrillos que están ya medio muertos, pero los dólares invertidos se multiplicarán por sí mismos, ustedes lo verán. Yo haré que no sea suficiente el tabaco que se produce en las plantaciones de la Tiger y tengamos que comprar más y más en otras plantaciones para poder abastecer a nuestros compradores.

—La organización que el señor Yoke representa confía en él y en su sistema. Escaparemos a la quiebra, a la que estábamos abocados inevitablemente —explicó John Warren.

—La verdad es que ha comprado un fuerte paquete de acciones que le convierte en mayoritario —observó otro de los presentes—, pero esas acciones han sido devaluadas ostensiblemente. En realidad, se queda una compañía tabaquera, con sus plantaciones incluidas, por un precio que da risa.

— Más risa daría la Tiger Tobacco Company si no me sentara yo en esta poltrona — replicó Kink Yoke, mordaz y autoritario en todo momento. Señalando la pantalla, pidió —: Observen ahora a las muchachas, lo que pueden hacer para las cuñas publicitarias en televisión y cine.

Accionó el controlador a distancia que sostenía en su mano y la gran pantalla volvió a iluminarse en color. Apareció la joven rubia moviéndose muy sensualmente al compás de una música de fondo.

Pasó como una especie de relámpago por ella y quedó cubierta simplemente con un diminuto bikini de piel de tigre. Lo mismo le ocurrió a las otras dos jóvenes, la mulata georgiana y la oriental nacida en California. Las tres chicas se miraron y, de repente, empezaron a luchar entre sí de forma muy espectacular empleando *Tae Kwon Do.*

Fue toda una exhibición que sorprendió a los asistentes y no

sólo les dejó sorprendidos, sino también con la temperatura de su sangre más alta a causa del innegable erotismo que encerraba la pelea entre las tres espléndidas mujeres.

CAPÍTULO III

El recinto deportivo olía a sudor, a humanidad. Las luces de los focos se hacían difusas a causa del intenso humo que escapaba de los cigarros de mala calidad que se consumían en gran número entre los asistentes, la mayoría de los cuales vociferaba.

Había miradas obsesivas y miradas ausentes, tipos que expresaban casi arrebatos de alegría mientras otros maldecían dando patadas al cemento. En el cuadrilátero se sucedían los combates.

El espectáculo que se ofrecía en el Golden Round no era de calidad ni lo pretendía. Allí no iba nadie selecto ni que estuviera en los *rankings* de las estrellas del boxeo. Acudían jóvenes que aspiraban al estrellato, que deseaban hacerse notar por la vía rápida, pues se solía decir que por allí merodeaban tipos importantes del mundo del boxeo, lo cual no era cierto la mayoría de las veces. Managers de baja estofa eran los que daban el aviso a los *peces gordos* si es que aparecía alguien que de verdad tenía cualidades.

El Golden Round, sudor y miseria de espectadores y artistas, era un nido de jugadores, un nido de individuos que tenían el vicio o la enfermedad del juego rápido, apostar por uno o por otro...

Si ganaban, habían sido muy listos y alardeaban de tener confidentes; si perdían, es que había tongo, pero era preferible no quejarse demasiado porque el Sindicato tenía la zarpa metida en todo aquel asunto y así iban las cosas en aquel anfiteatro en el que la policía había tenido que intervenir en más de una ocasión por la muerte de alguno de los luchadores, ya que las palizas, a veces eran descomunales, pues quienes allí se batían carecían del espíritu deportivo que podía existir en los grandes combates de boxeo o de lucha libre americana.

Alaridos, silbidos de protesta y gruesas obscenidades que incluso salían de bocas de mujeres que lucían pieles auténticas pero ya sudadas y malolientes, pues no era tiempo de llevarlas, indicaron a Moses Pacific Savage que uno de los combates había terminado.

Dos camilleros sacaron del tapiz, empapado en agua, sudor y sangre, a un muchacho fornido pero que tenía la cara tumefacta y los ojos extraviados. Había perdido el protector de la boca y no podía hablar y tampoco levantarse. Podía pensarse que ni siquiera sabía dónde estaba pese a tener los ojos abiertos.

Lo metieron en unas parihuelas para llevárselo e incluso fue insultado. Más de un escupitajo cayó sobre su cuerpo machacado a golpes. Algunos no le perdonaban que hubiera perdido porque ellos mismos debían haber perdido sus apuestas.

Más gritos, más tumulto... El vencedor saludó con la mano en alto y dio unos saltitos en el ring con aire de bailarina. Cerca de las doce cuerdas, un espectador quiso cogerle del pie y recibió una patada en la cara. Cayó hacia atrás y hubo risas a su alrededor.

Un periodista de cuarta fila garabateó algo en un bloc y se produjeron los relampagueos de algún *flash* que daba aires de solemnidad a la situación, aunque Moses Pacific Savage dudó que aquella cámara tuviera película que quemar.

M. P. Savage destacaba por su elevada estatura, por sus movimientos suaves y a la vez elásticos y elegantes. Vestía chaqueta sin solapa y camisa de cuello abierto, sin corbata. No había acudido a aquel antro del boxeo y la lucha para apostar y mucho menos para descubrir a posibles *números uno* del futuro.

—¡Ahora, amigos! —gritó el *speaker—.* ¡Lucha libre, el invencible Grizzly Jim, el campeón de Campeones, contra...!

Hubieron rugidos de todas clases. Grizzly Jim era un tipo de más de dos metros de estatura y cuyo peso sobrepasaba los cien kilos. No tenía precisamente una figura atlética, todo él era un bloque. Mirarlo era como mirar un grueso tronco descortezado. Iba vestido con un slip y media camiseta de nylon, todo en una pieza, y al presentarse ante el público lo hacía con media cabeza de oso sobre el cráneo mientras rugía como un oso y se reía.

Como oponente le pusieron a un negro, también de elevada estatura, mucho más estilizado y de figura atlética. El negro era más flexible, más ágil y ostensiblemente más joven y comenzaron a cruzarse las apuestas.

Moses P. Savage no dijo nada. Uno de los que estimulaban las apuestas le miró; Savage tenía un aire orientalizado, aunque si se le observaba bien no lo parecía.

Su cabello era abundante y lacio; azabache de color. Lo llevaba un poco largo por la nuca y recortado en fleco sobre la frente. Los ojos, brillantemente verdes, eran muy fríos sin embargo. Su aire con aquella gente era distante.

—¿Tú no apuestas por ninguno de los dos?

—No.

—¿Crees que hay tongo?

—No he dicho tal cosa.

—Bueno, no serás un buscabullas, ¿verdad?

—Será mejor que sigas sacando el dinero a los demás; parece que tienen deseos de perderlo.

La presentación se prolongó por parte del *speaker* mientras se producían algunas payasadas entre los dos luchadores que excitaban al público que llegaba a creer que aquellos conatos iban en serio, cuando lo que hacían era dar tiempo a que las apuestas pudieran cruzarse. Al fin, se inició la pelea.

Los dos luchadores, muy diferenciados entre sí no sólo por la raza, sino por el volumen y la elasticidad, hicieron gala de sus habilidades; las presas eran continuadas.

El luchador de color simuló por unos instantes que le arrancaba los ojos a Grizzly Jim. El público rugía, se entregaba a la lucha que parecía desaforada; pero Grizzly supo zafarse y asió a su enemigo por los pies. Comenzó a girar sobre sí mismo elevando al luchador negro que manoteaba en el aire sin poder agarrarse a ninguna parte. Al fin, Grizzly Jim lo soltó.

El negro, soltado en un momento justo, salió volando por encima de las cuerdas del ring y fue a parar sobre un grupo de espectadores que derribó al suelo en medio de gritos y palabras altisonantes. Allí había brazos y piernas que se movían para escapar al tumulto.

El luchador negro abrió un ojo, miró en derredor para ver cómo estaba la situación y lo volvió a cerrar, optando por hacerse el *groggy.*

—¡Vencedor, Grizzly Jim! —gritó el *speaker* con el micrófono de mano.

El gigante dio unos botecitos por el ring, fue aplaudido, silbado y recibió toda clase de insultos, mas él parecía muy divertido.

—¡Atención, atención, ahora viene lo mejor de Grizzly Jim! ¡Quinientos dólares para el que lo venza! ¡Bastará con sujetarlo ocho segundos con la espalda pegada al tapiz; claro que si lo deja K. O., mucho mejor! ¿Quién se atreve?

Gritos, protestas, insultos, mujeres soltando procacidades que podían enrojecer orejas habituadas a un lenguaje de lupanar de distrito marinero...

Al fin, un individuo alto como una torre, de cabello rizado y cortito, muy rubio, trepó al ring y alzó sus manos. El *speaker* se le acercó, escuchó lo que le dijo y después explicó por los altavoces:

—¡ Este amigo es de Texas y dice llamarse Tom Mix! ¿Quién se lo cree? De todos modos, creemos que no hará faifa contratar a ningún detective para averiguar adónde hemos de enviar sus restos.

Pusieron en torno al tejano que se hacía llamar Tom Mix una lona que le ocultó. Cuando apartaron la lona ya se había puesto un taparrabos parecido al que utilizaba Grizzly Jim que se le acercó corriendo como si fuera a devorarlo, con las manos en forma de zarpa.

El tejano, sorprendentemente, le escupió a la cara, lo que hizo rugir a cuantos llenaban el Golden Round,

A Grizzly Jim no le hizo ninguna gracia aquello; se limpió la cara

y entre dientes masculló:

—¡No te va a reconocer ni la madre que te parió, bastardo!

—Anda, vete a mear tu bilis a otra parte —se rió el tejano.

El *speaker* se preocupó; los insultos habían sido demasiado fuertes. Se acercó a Grizzly Jim y trató de decirle algo al oído. A M. P. Savage le pareció entender que le pedía que no se ensañara con el tejano; no querían líos con la policía, pero el *speaker* fue apartado de un simple manotazo.

Con el gong comenzó la lucha. El tejano, que no era ningún enano, frenó la primera embestida de Grizzly Jim y como en aquella pelea de desafío todo era válido, le dio tres puñetazos con los puños desnudos que Grizzly Jim acusó tambaleándose.

El público se conmocionó al ver el trastabilleo del campeón; el tejano no sabría mucho de lucha libre, pero pegaba duro.

M. P, Savage vio como Grizzly Jim se recuperaba pese que le habían partido el labio. Supo reaccionar empleando las piernas y derribó al tejano. Le hizo una llave de tijeras atenazándole por la cintura al tiempo que le hacía presa en un brazo y trataba de luxárselo.

Grizzly Jim era gato viejo y se daba cuenta de que el tejano cedía, ya que éste había basado su ataque en los puños.

Grizzly Jim no quiso acabar tan pronto con aquel hombre al que había cogido un violentísimo odio y soltó la presa. Mas, antes de que pudiera recuperarse, Grizzly Jim comenzó, a saltarle sobre el pecho con todo su peso, le dio dos patadas en la cara y punterazos en el hígado.

Le tenía vencido; la caída del tejano sobre el tapiz había sido su *débácle,* pues Grizzly Jira se ensañó con él.

M. P. Savage se dio cuenta de que escapaba un hilillo de sangre entre las comisuras de los labios del tejano que estaba siendo machacado sañudamente por Grizzly Jim; sin encomendarse a Dios ni al diablo, dio dos brincos con los que trepó al cuadrilátero. Pasó entre las cuerdas y se encaró con Grizzly Jim. Comprendiendo que no era tiempo de razonamientos sino de actuaciones, le aplicó un *shuto uchi* en barrido de izquierda a derecha con la diestra que sentó muy mal al hígado de Grizzly Jim.

Acto seguido y casi simultáneamente, con la zurda le asestó un puñetazo seco en mitad de la frente al tiempo que lanzaba su silencioso *kiai* que nadie escuchó, pero Grizzly Jim lo sufrió con todos sus contundentes efectos. El *tate zuki* fue definitivo y Grizzly Jim cayó hacia atrás cuan largo era para no levantarse.

De este modo, los dos luchadores quedaron tendidos sobre el tapiz ante el desconcierto del diminuto *speaker* que se los quedó mirando sin saber qué hacer

Previniendo que todo se podía poner feo, pero que muy feo, pues el público de ordinario muy bullanguero estaba alborotado y no quería que la policía entrase a imponer el orden, cogió el brazo de M. P. Savage y lo alzó gritando:

—¡¡Vencedor...!! ¿Cómo se llama usted?

—¡Váyase al diablo!

—¡¡Vencedor, el Lobo de San Francisco!! —gritó el *speaker,* inventándole un apodo sobre la marcha—. ¡Las apuestas quedan anuladas! —agregó.

Hubieron protestas, aplausos, hubo de todo y fueron muchos los que se quedaron mirando perplejos a M. P. Savage. Nadie se atrevió a decirle nada; dos golpes suyos habían bastado para derribar a Grizzly Jim, campeón de campeones según gritaba el *speaker.*

Una de aquellas mujeres cubiertas con pieles y llevando joyas, le cogió del brazo como la más recalcitrante de las serpientes y le dijo:

—Encanto, vente conmigo que yo te doy cobijo todo el tiempo que aguantes.

—Gracias, pero ahora tengo prisa.

—Encanto, no te vayas —insistió tratando de agarrarlo por la manga para que no se le escapara — . Si te gusta atizar, a mí no me desagrada de! todo recibir.

Hubo risas. Savage se detuvo, la miró y alzó su diestra. Matizando el tono de su voz preguntó:

—¿Cuántos dedos tengo en esta mano?

—Anda ya, pues ¿cuántos van a ser? Cinco, pero a mí me gusta el sexto. .

—¿Y ahora? —preguntó Savage, escondiendo el pulgar y el meñique.

—Tres... ¿Es que quieres reírte de mí?

—Mira éste solo —le pidió.

—Ese es el de hurgarse la nariz —rezongó aquella mujer de lenguaje barriobajero, provocando risas en torno suyo.

En seguida se formó un corro alrededor de ellos; los ánimos parecían ya más calmados y del ring eran retirados los dos cuerpos inconscientes.

—Mira, el dedo va a la derecha y luego a la izquierda... Derecha e izquierda, derecha e izquierda Te vuelves floja, muy floja. Ya no te pesan los pies. Te sientes como flotando... Eres más hermosa que Jane Fonda, muy hermosa, y estás orgullosa de tus pechos que casi son ubres. Álzalos, álzalos..

La mujer fue irguiendo sus senos ante la expectación de todos.

—Ahora llorarás mucho. Te irás a tu casa y te acostarás con tu muñeca preferida. Dormirás y cuando despiertes no te acordarás de nada, absolutamente de nada.

La mujer comenzó a sollozar inconsolable y se marchó entre las risas estentóreas de los presentes.

M. P. Savage pronto se olvidó de aquella desgraciada a la que había dado una pequeña lección por haber querido llamar la atención de una forma tan grosera como descarada.

CAPÍTULO IV

La ventana del cuartucho daba a la bahía, al este del Fisherman's Wharf. Desde ella podían verse las gabarras de carga y los paquebotes. Olía a mar, aunque todo el aroma del Barrio de Pescadores no era grato, especialmente porque casi recto llegaba el tufo de un restaurante oriental a través de un extractor de humos de cocina.

El entrenador, un chicano de cabello canoso, entrado en kilos y con el resabio en sus ojos y en su sonrisa por muchos años de meter sus huesos y sus inquietudes por el mundillo de las doce cuerdas, reconoció a Moses P. Savage que había quedado en el umbral de la puerta.

—¡Ah, sí es el chamaco del *Karate!* —exclamó.

Frente al lavamanos que se hallaba en el propio cuartucho, Grizzly Jim estaba peinándose. Volvió la cabeza y se quedó mirando al periodista *free-lance,* como no dando crédito a lo que veía. La sorpresa saltaba a las órbitas de sus ojos.

Instintivamente, gruñó, mostrando sus dientes. De ser más largos sus colmillos, éstos habrían sobresalido por encima de los labios, agresivamente.

—Conque es éste el soplamierdas, ¿eh?

—Ahorita te callas, Grizzly Jim —pidió el chicano Pedrolo, interponiéndose entre ambos.

—¡No volverás a cogerme por sorpresa! —rugió Grizzly Jim mascando cada una de las sílabas.

—Basta, Grizzly Jim; no soy un muchachito estremeciéndose de miedo ante el ogro que le pasan por la pantalla en un telefilme de terror.

—¿Ah, no? ¿Qué eres tú entonces?

—Sólo un reportero *free-lance.* Busco noticias; si tienen interés hago un reportaje y luego lo vendo.

—¿A quién?

—Televisión, revistas, agencias internacionales, a quien pague más y me de seguridades de que lo publicará según lo hago.

—¡Lo que te voy a dar es una paliza, no noticias!

—Calma, compadre, calma —le pidió Chicano Pedrolo poniendo las manos por delante para contener a su pupilo que tampoco era

ningún niño pero sí tenía un temperamento muy agresivo. Sabía bien que Grizzly Jim jamás le pegaría a él porque era casi un padre para el luchador.

—Tienes suerte, Grizzly Jim.

—¿Suerte? ¿Encima de haberme atizado y dejarme en ridículo hablas de suerte?

—No pidió los quinientos pavos por tumbarte.

—¡ Me cogió a traición!

—Usted que piensa con la cabeza dígale a su pupilo como está el tejano; dígale que en el hospital están muy preocupados por la salud del tejano que se hizo llamar Tom Mix para que no le reconociera nadie. Cuéntele que si no llego a intervenir rápidamente lo hubiera matado y en ese caso, ¿dónde estaría ahora?

—Tiene razón, Grizzly Jim, mucha razón —admitió el chicano—. Estarías en problemas y soltando la plata con los abogados; te pasaste con el tejano.

—¡Me escupió delante de todos!

—Eres como un niño, Grizzly Jim —le reprendió Chicano Pedrolo moviendo su cabeza negativamente.

—El viejo tiene razón, estarías en la cárcel. Lo único que quise evitar es que lo mataras, nada más.

Grizzly Jim dio una vuelta sobre sí mismo como tratando de calmarse. Volvió a encararse con M. P. Savage y apuntándole con el dedo, un dedo muy grueso y corto, fe preguntó acusador:

—Te crees muy duro, ¿eh?

—He venido a hablar contigo, James Clyton.

—¡Ja!, ¿lo has oído, Pedrolo?

—Sí, lo he oído —suspiró Chicano Pedrolo, como perro sabueso cargado de años y bostezando ante lo que creía que no iba a tener ninguna importancia.

—Sabe hasta mi nombre.

—¿Y qué importa eso?

—No está en el buzón del portal.

—Pueden habérselo dado en el Golden Round, idiota.

—¡ No me llames idiota!

—Está bien, medio idiota.

—Si no te apreciara como a un padre, te haría tragar lo de medio idiota. Fui un par de años a la escuela y sé que medio es la mitad de un entero, y si no llego ni siquiera a idiota, es mucho peor, ¿no crees?

—¡Oiga, no me lo excite! —recomendó Chicano Pedrolo a Savage—. No gana mucho dinero, pero mejor le va así que cargando sacos en el muelle.

—Yo no vuelvo a cargar más sacos en los muelles. Soy el

campeón y cuando deje el cuadrilátero, cuando deje de machacar a chulos...

—¿Qué? —preguntó Chicano Pedrolo como si, de pronto, el sabueso tranquilo y resabiado que podía parecer diera un ladrido de atención.

—Me volveré chulo yo también; hay mucha gente por ahí que anda buscando protección. Me lo han propuesto en varias ocasiones; yo me pongo un traje de trescientos dólares y las tías se caen de espaldas al verme.

—A ti te hace falta un traje de quinientos pavos por el bulto que haces y las tías se caen si es que las pasas por encima.

—¡Ya está bien de abusar de tu amistad, Pedrolo, ya está bien!

—¡Oiga! ¿me deja hablar un rato a solas con él? Es algo personal.

—De acuerdo, pero no me lo excite. Se ha puesto muy nervioso por ser sacado en camilla del cuadrilátero. El no puede comprender que hay hombres como usted que saben pegar en los lugares adecuados. ¿Ha aprendido en el Japón a arrear como lo hace?

—En Okinawa.

—Ya me parecía a mí... En fin, Grizzly Jim, te dejo con él; luego me encuentras en el salón electrónico, echaremos unas partiditas al millón.

—Seguro que te gano.

—Mientras no te cargues la máquina... ¡Adiós, amigo!

Chicano Pedrolo saludó a Savage y abandonó el cuarto, dejando a Grizzly Jim y a su visitante a solas.

—Bien, ¿de qué hablamos; cómo te llamas? A mí no me asustas.

Grizzly Jim se dejó caer sentado en la cama que se hundió de forma alarmante, pero el pesadísimo luchador no le dio ninguna importancia.

—Son muchas preguntas de golpe.

—¿Cuánto me vas á pagar por soltar la lengua?

—¿Adivinas qué es lo que te voy a preguntar?

—No, pero a todos los famosos, cuando les hacen preguntas para la Prensa, cobran. —¿De verdad te consideras famoso?

—¿Tú no lo crees?

—Lamento desilusionarte.

—Entonces, ¿por qué has venido a verme?

—Te he venido a ver como James Clyton, no como Grizzly Jim.

—¿Y qué?

—Tu hermano era un traficante de drogas.

—¡A mí no me vengas con puñetas!

—Tu hermano ha muerto.

—Ya lo sé, ha muerto y todo está olvidado.

—¿Todo?

—Sí, todo. No nos habíamos llevado nunca bien, siempre me trató como a un cretino, decía que yo era tonto y ya ves, él la ha pringado y yo sigo vivo. Claro que él manejaba muchos billetes, es cierto, pero yo no le fui a pedir nunca ni un dólar.

—¿Y él no se ofreció a ayudarte?

—Sí, sí lo hizo, yo no miento, lo hizo, pero no acepté.

—Estoy seguro de que apreciabas a tu hermano.

—Los muertos, muertos están y hay que dejarlos en paz. ¿Qué más quieres saber? Por cierto, aún no rae has dicho quién eres.

—Llámame Savage.

—¿Savage?

—Moses Pacific Savage; para los amigos, Savage.

—Yo no soy tu amigo, pero te llamaré Savage.

—La policía ha dado carpetazo al asunto de tu hermano: Explosión del motor de la nave por exceso de revoluciones y hundimiento del yate. En fin, los datos técnicos son más complicados, pero el caso es que la embarcación se fue a pique.

—Sí, eso es lo que me contaron.

—Se detectó una explosión por la noche. Un guardacostas acudió a ver qué había ocurrido, pero no se pudo averiguar nada hasta que al día siguiente levantó la niebla. Descubrieron restos de naufragio, un par de salvavidas y unas maderas, algo de ropa, poca cosa, pero se detectó el lugar del siniestro y bajaron buceadores que encontraron los restos de la embarcación. Fue reclamada una grúa marina y sacaron a flote el pequeño yate para investigar lo ocurrido.

—Sí y los tiburones habían pasado ya.

—Encontraron una mano de tu hermano, al parecer seccionada del resto del brazo por una dentellada de tiburón, según testificaron los expertos y por las huellas necrodactilares se supo que era tu hermano. Se ignora cuántas personas viajaban a bordo del yate siniestrado. Tu hermano estaba fichado, había pasado algún tiempo en la cárcel federal.

—Eso no es asunto mío.

—En la nave no se encontró rastro de ninguna clase de droga, ni blandas ni duras, nada.

—A lo mejor estaba pescando. ¿Por qué diablos no podía pescar mi hermano?

—Yo no creo que fuera un accidente.

—Yo tampoco, en eso coincidimos, pero la justicia opina que sí y tú lo has dicho, carpetazo al asunto y la mano de mi hermano a la tumba.

—No son pocos los traficantes de droga que mueren por ajustes

de cuentas o por otras razones que nadie desempolva.

—Es peligroso hacerlo —gruñó Grizzly Jim que seguía sentado en la cama que había cedido bajo su peso.

Savage se había acercado a la ventana y miraba hacia las embarcaciones varadas en la bahía.

—Hablar de un traficante de drogas en los medios de información, televisión, periódicos, revistas o radio, no es importante, hay muchos aquí y en todo el mundo.

—Entonces, ¿por qué te interesas por mi hermano?

—Olfato.

—¿Olfato, eres un sabueso?

—Yo siempre busco reportajes especiales, muy especiales, reportajes que estallen como bombazos.

—¿Como el de los «chinches» del Watergate?

—Algo así.

—¿Buscas fama, Savage?

—No.

—Entonces, ¿buscas dinero?

—No exactamente, aunque no lo desprecio; todo el dinero que pueda ganar lo tengo ya invertido.

—¿En alguna urbanizadora; en apartamentos?

—No, no soy de esos, simplemente lo invierto en un futuro mejor.

—¿Te preparas la vejez?

—Mejor diría que preparo la juventud para la humanidad.

—No te entiendo nada, tú me lías.

—En otro momento te contaré en qué invierto la plata que gano. Lo que más me importa en mis reportajes es sacar a la luz pública negocios sucios, negocios que todos creemos que son muy honorables y que luego resulta que no lo son tanto. En muchas ocasiones interviene la justicia ante las pruebas que recojo y actúa en consecuencia. Yo no soy policía, sólo meto el dedo en la llaga y hago saltar a quien corresponde.

En otras ocasiones, la justicia no interviene, pero la opinión pública sí porque boicotea al que he dejado en cueros, con todas sus lacras al aire.

—Despelotado, vamos.

—Eso.

—¿Y piensas despelotar a mi hermano?

—No, él ya está muerto, tú lo has dicho.

—No sacarás nada en limpio, Savage. Mi hermano se metía en muchos líos; a lo peor ha sido el Sindicato y yo no quiero pringarla; con que haya muerto un Clyton es suficiente. —¿No moverías un dedo porque la justicia caiga sobre el asesino de tu hermano?

—Si es del Sindicato, no. ¿He hablado claro?

—Sí, y no creía que Grizzly Jim fuera un cobarde.

—Si me tengo que enfrentar con un tipo de ésos, un matón, o dos o tres, los machaco y listos, pero si son los del Sindicato, pum, pum, pum y se acabó para mí.

—Admito que es muy difícil enfrentarse al Sindicato, pero también éste tiene un techo y no es invulnerable. También los hombres del Sindicato y los que se dejan sobornar por la organización mafiosa saben dar un paso atrás cuando les conviene. Métete en la cabeza, Grizzly Jim, que yo no voy a hacerle la guerra al Sindicato, eso es cuestión de la justicia. Tenemos leyes federales y leyes estatales y hombres que han jurado servirlas, es su labor.

—¿Qué quieres tú entonces?

—Otra cosa.

—Bueno, un poco idiota sí debo serlo porque no te entiendo. ¿Qué buscas en realidad? —No lo sé exactamente. Ven, mira por la ventana.

—Ya he mirado por esa ventana muchas veces —rezongó sin ganas de levantarse.

—Una vez más no te hará daño.

—¿Qué hay que ver? —preguntó gruñendo pero obedeciendo—. La bahía, los muelles de los pescadores, el tráfico por el asfalto y el tráfico por el agua... ¿Qué más?

—Mira aquel anuncio que tienes frente a tus narices.

—¡Ah, sí!; el poster de las chicas del tigre. Los pitillos «Tiger» no son los mejores, pero hay que ver qué fulanas han puesto con el tigre de marras.

—Sí, son unas chicas muy atractivas.

—¿Sólo atractivas? Están para hacerles un bikini a mordiscos.

—Creo que muchos piensan como tú, Grizzly Jim.

—¿Tú fumas «Tiger»?

— Yo no fumo.

—¿Nada?

—Absolutamente nada.

—No me digas que encima eres abstemio...

—No del todo; puedo beber una copa, pero selecciono muy bien lo que tomo y no lo hago por tener un vaso en la mano o por dar imagen de *public relations.* Eso son estupideces de gente sin personalidad.

—Tú eres un tipo muy raro, Savage, y la verdad es que pegas duro. Nunca me había pegado nadie como lo has hecho tú, pero me cogiste por sorpresa, no lo olvides.

—Mira, Grizzly Jim, te voy a mostrar una fotografía.

—¿Para qué?

—Primero mira la foto y luego hablamos.

—Pues a ver.

Moses Pacific Savage sacó una fotografía de su bolsillo, una foto en blanco y negro que no pretendía poseer cualidades artísticas pero que estaba lo suficientemente clara. Había dos hombres que se disponían a abordar un «Lincoln» continental azul oscuro. —¡Si es Bob! —exclamó Grizzly Jim.

—Veo que reconoces a tu hermano.

—Perfectamente, no hay confusión, es Bob.

—La fotografía, por detalles técnicos que no vienen al caso, fue tomada con un teleobjetivo. El que la hizo se preocupó de no ser visto.

—¿Y qué tiene de particular esa foto?

—¿Sabes quién es el otro sujeto que acompaña a tu hermano?

Grizzly Jim lo escrutó con atención y terminó negando con la cabeza.

—No lo he visto en mi vida.

—Es un tipo muy especial.

—Parece muy elegante.

—Lo es. Se llama Kink Yoke, nació en San Francisco; es de raza oriental. Ha tenido representaciones de importación y exportación en Hong-Kong, Saigón y Taipeh. Según los rumores, es un tipo que trabaja bien y que nunca ha estado en presidio —¿Trabaja para mi hermano?

—No, no lo creo. Kink Yoke ha emprendido altos vuelos; es un tipo muy ambicioso. Ahora es el gerente y director general, todo en una pieza, de la Tiger Tobacco Company. —Ahora comprendo, el que pretende que volvamos a fumar pitillos «Tiger».

—El mismo.

—Dicen que está gastando mucha plata en publicidad, pero la competencia es fuerte.

—Kink Yoke parece saber muy bien lo que es un negocio y cómo manejarlo. Hay que desembolsar muchos millones al principio, dar la impresión de que lo que se vende más bien se regala. Se crea el hábito y después, el dinero gastado vuelve a sus bolsillos.

—Es mucho riesgo, ¿no?

—Cuando se está seguro de ganar la batalla final, no es riesgo, es simplemente una buena inversión.

—¿Y ese tipo está seguro de que va a derrotar a la competencia, a la «Chesterfield», a la «LM», a «Philip Morris» y a las demás?

—Si está invirtiendo millones en publicidad es que cree poder conseguirlo.

Grizzly Jim volvió a observar la fotografía.

—Vaya con el tipejo. ¿Trabajaba mi hermano con él?

—No lo sé. Alguien me envió esta fotografía y detrás pone dos nombres, Kink Yoke y Robert Clyton.

El luchador volvió la fotografía y en su reverso pudo leer los dos nombres citados.

—Sí, va veo, pero ¿no dice nada más?

—No, y en el sobre tampoco ponía nada más. ¿Me mandaste tú esta fotografía?

—¿Yo, por qué habría de hacerlo?

—No sé, podía ser por propia voluntad o porque tu hermano te dijera que lo hicieras si le ocurría algo. Cuando uno anda metido en negocios sucios suele tomar ciertas precauciones.

—Yo no he hecho esa fotografía ni sabía quién era ese Kink Yoke.

—Es muy raro y yo me pregunto, ¿quién habrá querido meterme sobre la pista? Ha debido ser alguien que no deseaba avisar a la policía porque posiblemente piensa que la policía no conseguirá nada.

—¿Y tú sí? —preguntó Grizzly Jim muy escéptico.

—Quien me ha enviado la foto ha debido pensar que los reporteros *free-lance,* cuando olfateamos una noticia con mucha miga y que puede oler muy mal, nos metemos de lleno en el asunto. No seguimos los mismos caminos que la policía y conseguimos introducirnos en lugares a donde la policía no llega. Somos algo así como ratones que nos metemos por las rendijas y lo escrutamos todo con ojos inquietos.

—Y cuando lo habéis visto todo, os transformáis en cotorras y habláis por los codos.

—Es nuestra profesión. Ser repórter es algo muy hermoso pero también muy arriesgado.

—¿Por eso has aprendido *Karate?*

—Karate, Judo, Tae Kwon Do, *etcétera, las* Artes Marciales Orientales *no son pocas. Tengo que admitir que soy un* budoka.

—Conque un *budoka,* ¿eh? Te desafío a subir a un ring, te demostraré que hay mucho de cuento en eso de los *budokas.*

—Con mucho gusto aceptaré tu invitación, pero en otra ocasión.

—Tienes miedo, ¿eh? —se rió sordamente, con mucha suficiencia — . Podría partirte en dos si lo deseara, ya sabes lo que le ha pasado al tejano ese.

—Sí, y también sé lo que te pasó a ti.

—¡Me cogiste a traición! ¡Atrévete ahora, defiéndete porque te voy a machacar!

Grizzly Jim volvió a rugir. Se le había metido entre ceja y ceja quitarse la espina del ridículo que había pasado en el cuadrilátero del Golden Round.

—Si te empeñas... Pero, no quiero que me veas como un

enemigo personal. Si te dejo fuera de combate no habrá habido ensañamiento ni nada personal por mi parte.

—¿Fuera de combate? —repitió, rugiendo ahora más fuerte.

Grizzly Jim lanzó su puño cerrado para demoler la cara de M. P. Savage y poder oír el crujido de los huesos del rostro del *free-lance budoka,* resarciéndose de la derrota sufrida.

Más, su puño se encontró con otro puño, el puño de Savage, que encajó de lleno con el suyo en un durísimo *seiken.*

Los dos puños crujieron al encontrarse de lleno. Grizzly Jim palideció de dolor, mas la lucha sólo había hecho que comenzar, porque una *tegatana* con la diestra extendida se metió en el vientre del gigante luchador.

La *tegatana* penetró en su cuerpo como abriéndolo de un tajo y se hundió hasta los nudillos del dorso de la mano. Crizzly Jim abrió la boca con un dolorosísimo gesto.

—*¡Kiaiiii!*

El *kiai* de Savage fue seco, contundente. Pese a ser silencioso, los cabellos de Grizzly Jim se erizaron al tiempo que un doble *haito uchi* se cerraba como una tijera alrededor de su cuello.

Los cantos de las dos manos de Savage golpearon sobre las venas carótidas del luchador que se desplomó como un becerro golpeado por el fatídico mazo de hierro.

Moses P. Savage miró los nudillos de su puño izquierdo y se frotó los dedos doloridos.

Grizzly Jim también pegaba duro.

Recogió la fotografía caída en la que podía verse, abordando el automóvil, a Robert Clyton y a Kink Yoke. Volvió a mirar al luchador profesional, derrumbado por segunda vez ante él, y le levantó un párpado para verle el ojo y cerciorarse de que no le había pegado tan duro como para matarlo.

— Bueno, no será nada, dentro de un rato sólo tendrás un poco de tortícolis.

Y se marchó.

CAPÍTULO V

M. P. Savage introdujo el gran «Daymio» por la rampa que descendía al *parking* subterráneo del moderno edificio de acero y cristal, símbolo del poder y la evolución tecnológica yanqui.

El «Daymio» se deslizó suave sobre sus seis ruedas de tracción y suspensión independientes. Su motor de siete litros de cubicaje apenas hacía ruido y su maniobrabilidad era excelente.

Cuantos veían aquel automóvil tan especial se lo miraban; no en vano era un coche único y artesanal, salido de manos que lo habían mimado al construirlo. Estaba pensado para salir de los más difíciles atolladeros, pues su suspensión hidroneumática en las seis ruedas le permitía rebasar riachuelos o zonas pedregosas como si fuera un tractor.

Pese a todo ello, cuando la carrocería descendía para pegarse al asfalto y ofrecer así el mínimo de resistencia aerodinámica, conseguía con facilidad más de doscientos kilómetros a la hora.

Aparcó el coche y la doble portezuela posterior, pues el coche era tipo ranchera, se abrió.

El sillón giratorio allí acoplado dio media vuelta y salió Ricky, el compañero de M. P. Savage, un excepcional japonés de dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso.

Ricky sonreía constantemente y su aspecto era bonachón, pero su enorme humanidad impresionaba. Ricky, campeón de *Sumo,* deporte nacional del Japón y campeón de *Kempo* y boxeo tailandés, era además un excelente lanzador de *shuriken,* aunque los *shuriken* que lanzaba Ricky jamás estaban envenenados y tampoco tenían forma de estrella, sino que eran pequeños discos de acero con cantos afilados que podían cortar no sólo los músculos de un brazo o los tendones de la corva de una pierna huyendo, sino degollar a un hombre seccionándole el cuello.

Moses Pacific Savage dejó el volante y cerró la portezuela que sólo con empujarla quedaba bloqueada contra robo. Ricky se le acercó.

—¿Va-va-mos? —preguntó el gigante con su peculiar dificultad para hablar.

—Sí, arriba.

Pasaron al ascensor automático que les condujo al ático. Al salir

de la cabina pasaron a un rellano y se acercaron a una puerta en la que podía leerse:

«MIYAJIMA DOJO».

La puerta, nada más empujarla, cedió. Daba acceso a una salita decorada al estilo oriental. Había fotografías colgadas en las paredes, ideogramas japoneses y también un par de espectaculares dragones rampantes pintados en rojo sobre fondo negro.

Se encontraron con dos hombres, uno oriental, más coreano que japonés, y otro rubio caucásico. Ambos eran del tipo peso pesado. El rubio caucásico mascaba incansable una pella de chicle.

—¿Adónde vais? —preguntó el rubio mientras el oriental se quedaba sentado en una butaca.

—Venimos a ver a Huang Tiw —dijo Savage.

—¿Huang Tiw? —Ambos se miraron y fue el oriental quien preguntó — : ¿Sabe él que estáis aquí?

—Si no lo decís vosotros, no lo sabrá.

El oriental tomó el auricular telefónico colocado en la pared, al alcance de su mano, y llamó por él.

—Que se ponga Huang Tiw. —Volvió la mirada hacia los dos recién llegados y dijo — : Esto es un *dojo* reservado.

—Lo sé.

—¿Cuáles son vuestros nombres?

—Ricky —se presentó el japonés.

—Dile a Huang Tiw que está aquí M. P. Savage. —¿Savage, el *Star-Budoka?* —preguntó el oriental, sinceramente sorprendido.

El rubio caucásico inquirió sin dejar de mascar su chicle:

—¿De veras eres tú ese *budoka* que dicen que es invencible?

—Nadie es invencible —repuso Savage.

—Huang Tiw —habló el oriental por teléfono interior— está aquí Savage, el *Star-Budoka,* dice que quiere verte. —Aguardó un instante y colgó el auricular—. Podéis pasar —dijo.

—Parece que tengáis miedo de que entre alguien en especial.

—No queremos fotógrafos publicitarios, órdenes del jefe —dijo el rubio caucásico sin dejar de masticar.

La puerta se abrió automáticamente en dos hojas que se corrieron a derecha e izquierda respectivamente. Pasaron junto a unos vestuarios hasta, llegar al gran *dojo* que por hallarse en el ático del moderno edificio tenía un techo alto con claraboya de cristal irrompible por la que penetraba la luz del día.

El *dojo* tenía todos los acondicionamientos necesarios y no sucedía como otros en los que las paredes se hallaban demasiado cerca del *tatami* y los practicantes de las *Artes Marciales* corrían el

riesgo de romperse la cabeza contra el muro.

Por otra parte, los techos bajos impedían realizar las proyecciones de *Judo* o los espectaculares saltos de *Tae Kwon Do.*

Unas franjas moradas delimitaban las medidas reglamentarias, mas el *tatami* continuaba muchísimo más ancho para que en práctica y no en competición, pudieran haber muchos *budokas* practicando al mismo tiempo.

Podía decirse del Miyajima *dojo* que era lujoso teniendo en cuenta que se hallaba enclavado en una gran ciudad como San Francisco, donde el metro cuadrado edificable alcanzaba precios exorbitantes; sin embargo, M. P, Savage prefería el gran *dojo* de Liberty Garden; el *dojo* en el que tantas veces había hecho exhibiciones para muchachos y muchachas que estaban cultivándose en aquel oasis que era Liberty Garden, lejos de la podredumbre de un mundo materialista y ambicioso, sin piedad para el débil, El *dojo* de Liberty Garden tenía el cielo como techo y era siempre mucho más hermoso que un cristal.

Pudieron ver algunos espectadores fuera del *tatami* donde practicaban tres muchachas cuyos rostros y figuras ya conocía toda la nación por la profusión de carteles publicitarios que de ellas se habían lanzado.

Las tres *budokas* realizaban *katas*[2] de *Karate* al unísono, con una perfección nada común. El monitor era el japonés Miyajima.

Savage había oído hablar de él; era pequeño pero muy ágil y perfeccionista. El dirigía las *katas* que las jóvenes llevaban a cabo. La blanca, la amarilla y la mulata se movían a idéntico compás, de una forma marcial y lanzaban los *kiai* al unísono.

—Son, son buenas de ve-veras —opinó Ricky.

—¿Te gusta la asiática? —preguntó Savage observándole de reojo.

—Sí, sí, mu-mu-mucho.

—Algo delgadita para ti, ¿no crees?

Ricky sonrió abiertamente.

Se habían instalado dos cámaras para filmaciones publicitarias y un hombre iba de una a otra dando instrucciones a los técnicos que las manipulaban.

El japonés Miyajima dio una orden y las chicas se detuvieron para descansar.

Las tres mujeres repararon entonces en los recién llegados, es decir, en Savage y Ricky y cuchichearon entre ellas. Mientras, unos empleados que vestían también *judogis* con cinturones negros pero que parecían dispuestos a trabajar en lo que se les pidiera, colocaron un gran panel de color pálido a un lado del *tatami* para que sirviera de fondo.

Las tres muchachas se fueron tras el panel y se despearon de sus respectivos *karategis* blancos, apareciendo con los bikinis de piel de tigre con que se habían hechos famosas en toda la nación, pues se las asociaba ya con la marca de cigarrillos «Tiger».

Huang Tiw se acercó a Savage y a Ricky.

—¡Hola, cuánto tiempo sin vernos! —saludó.

—Fue en Taipeh la última vez, ¿verdad, Huang Tiw?

—Bueno, la última vez que yo te vi fue en Saigón; estaba dando un cursillo de *Tae Kwon Do* a unos boinas verdes y tú estuviste allá.

—Sí, ya recuerdo. Hacía un reportaje sobre la droga que se introducía en los estómagos de los soldados americanos muertos en Vietnam que eran regresados a su patria, para así introducir la droga en Estados Unidos.

—Sí, un buen reportaje aquél de las drogas metidas en los estómagos de los héroes muertos en Vietnam —aceptó Huang Tiw.

—Te presento a Ricky.

—¡Hola, Ricky! ¿Cómo te va?

—Bien, muy bien.

—Ricky, tú eres un *sumotori,* ¿verdad?

—Sí.

—Se nota, tu altura, tu peso... Pocos japoneses son como tú, sólo tipos excepcionales. El japonés es una raza más bien pequeña, pero salen las excepciones como tú que sobrepasaban los dos metros de estatura y pesan como tanques. Soy un buen especialista en varias de las *Artes Marciales Orientales,* pero no me gustaría tener que enfrentarme contigo, debes de tener la fuerza de un *bulldozer.*

Ricky sonrió. Savage preguntó:

—¿Van a filmar ahora?

—Sí, un anuncio publicitario. Las tres chicas son las estrellas de este *dojo,* las niñas mimadas.

—¿De quién?

—¿De quién va a ser? De Miyajima.

—¿Es el dueño de este *dojo?*

—Eso dice el rótulo.

—Puede decirlo el rótulo y los papeles estar a nombre de otro.

—¿Y qué más da? No estarás haciendo algún reportaje especial aquí, ¿verdad?

—¿Qué reportaje podría hacer aquí, hay algo sucio en este *dojo?*

Huang Tiw se lo quedó mirando muy fijo y los dos sonrieron. Había una frialdad oriental en ambos. Moses Pacific Savage ignoraba si llevaba sangre oriental en sus venas o no, exactamente no sabía de qué vientre había nacido, puesto que había llegado al mundo en un lanchón neumático de la Air Forcé estadounidense en medio del

Océano Pacífico. Su madre había ido a parar a las aguas y él no sabía quién era. Sólo un enfermero conocía su origen y el secreto estaba oculto en su cerebro perturbado, pues se hallaba recluido en un hospital psiquiátrico de California.

Savage había sido criado y educado en parte por norteamericanos blancos y por orientales, por eso era capaz de sentir, pensar y reaccionar como un oriental.

—¡Silencio, vamos a filmar con sonido directo! —exclamó el director de filmación.

Las chicas se prepararon para realizar de nuevo las *katas* de *Karate,* ya sin la dirección del monitor y sin *karategis,* pues mostraban sus hermosos cuerpos, elásticos y delgados pero ostensiblemente femeninos para realzar el erotismo en la filmación.

Comenzó el rodaje y las tres chicas llevaron a cabo sus *katas* con verdadera maestría. Savage tuvo que admitir que aquellas muchachas, cinturones negros, eran unas *budokas* excelentes. Lástima que su maestría la exhibían para fomentar el consumo de una determinada marca de cigarrillos que las pagaba.

—Son hermosas las *budokas,* ¿verdad? —comentó en voz baja Huang Tiw.

—Mucho.

—Se están haciendo muy famosas con tanta publicidad. Les han ofrecido muchos contratos pero están atadas con una exclusiva. Creo que por lo menos la mitad de los americanos desearían presumir de salir con una de esas chicas.

—Ya nos las presentarás luego.

—Sí, lo haré. Vamos a mi despachito, hablaremos mejor.

—De acuerdo.

Dejaron a las tres muchachas que proseguían con sus *katas* de *Karate* mientras el director publicista buscaba los mejores enfoques para las filmaciones.

El despacho de Huang Tiw era pequeño, aséptico y sin otra decoración que una fotografía del propio Huang Tiw dentro del Kodokan de Tokio, donde había ganado un campeonato de *Judo* pese a que no era la especialidad óptima de aquel oriental continental.

Savage se fijó de pronto en algo que destacó a su vista al abrir Huang Tiw el cajón de su mesa escritorio.

—Vaya, ¿practicas el *Karate* con *yawara?*

Huang Tiw miró a Savage un poco perplejo y luego observó el *yawara* que había aparecido en el cajón, aquel *yawara* de no más de quince o diecisiete centímetros de largo hecho en madera de teca con la cabeza de un dragoncito en cada uno de sus extremos. Aquel bastoncito, cogido por el puño de un *karateka,* podía ser empleado como un arma terriblemente mortal, pese a que cualquier inexperto en

el manejo del *yawara* (que más semejaba un amuleto oriental que otra cosa) no le iba a dar ninguna importancia.

Dentro de la mano de un *karateka,* el *yawara* reafirmaba los nudillos, daba contundencia a la mano en los *atemis* y cuando se golpeaba por los extremos, es decir, con las cabecitas de dragón que tenían unos perfiles sencillos pero agudos, podían partir cráneos O huesos en general, con suma facilidad.

—¿Lo dices por este *yawara?* —preguntó Huang Tiw cogiéndolo entre sus dedos.

—Sí —asintió Savage sin dejar de mirarle a los ojos para ver como reaccionaba, aunque era difícil averiguar algo a través de los ojos de un hombre oriental como Huang Tiw.

—Hemos, hemos visto otros igu-iguales —dijo Ricky señalándolo.

—La verdad es que lo encontré en el suelo del *dojo;* a alguien se le debió caer. Pregunté de quién era y nadie lo reclamó como suyo. Lo tengo aquí por si el que lo perdió viene a buscarlo.

—No vendrá.

—Lo dices muy seguro, Savage.

—Ese *yawara* es el arma casi podríamos decir reglamentaria de una organización internacional de asesinos a sueldo.

—No me digas. ¿Bromeas?

—No. Esa organización no se ha definido bien pero existe, yo la llamo la Secta del Dragón Bicéfalo.

—¿Por estas dos cabecitas de dragón que tiene el *yawara?*

—Sí.

—Pues, no sabía nada, es la primera noticia.

—El que lo ha perdido es un miembro de esa secta, por lo tanto es un asesino que mata sin hacer preguntas a quien le ordena el crimen.

—Pareces saber mucho sobre esa Secta del Dragón Bicéfalo. ¿La estás investigando?

—No. Está esparcida por todo el mundo y de tal forma que aunque se destruya una de sus células, es decir, uno de sus grupos de operación, no se consigue destruirla a ella.

—¿Son orientales?

—Al principio yo creí que sí, pero no es así. Los contactos que he tenido con ellos me han hecho ver que los hay de todas las nacionalidades y razas. Su sistema es ejecutar dejando a la víctima como sí hubiera sufrido un accidente o un paro cardíaco. Ellos cobran de personajes, empresas e incluso gobiernos que necesitan eliminar a alguien concreto, sea donde sea. La Secta del Dragón Bicéfalo opera en todo el mundo y los que pagan por sus servicios saben donde encontrarlos.

—Vaya, como un Sindicato del Crimen yanqui.

—Algo así, pero a nivel internacional. Todos los países tienen organizaciones de esta clase, pero ésta concretamente, opera en todo el mundo y es su ventaja.

—¿Y nadie los denuncia?

—Imposible, cítame una justicia que sea totalmente internacional. Además, en todos los países hay gente interesada en que los miembros de la secta no sean molestados.

—Hablas como si fueras uno de ellos.

—No, no —corrigió Ricky—. Sa-sa-vage está en la lis-lista negra.

—¿Lista negra; es cierto eso, Savage?

—Sí, por eso cada vez que veo un *yawara* me preocupo.

—¿Miedo?

—No, simple precaución. Quiere decir que estoy cerca de uno de esos sicarios y yo estoy en la lista negra.

—Si averiguo de quién es el *yawara,* palabra que te doy una llamada para que estés alerta.

—Te lo agradeceré, Huang Tiw. Me gustaría verle la cara a ese asesino de la Secta del Dragón Bicéfalo; quizá algún día se logre destruir a esa organización mundial del crimen.

—Espero que lo consigas; tú eres un hombre que consigue lo que se propone. Por cierto, ¿qué querías?

—Que me presentaras a las tres bellezas *budokas.*

—Vaya, ¿tú también?

—¿Son intocables?

—Eso es cuenta de ellas. La verdad es que saben defenderse muy bien. Si algún desequilibrado sexual trata de atacar a alguna de ellas, lo va a pasar francamente mal. Por decirlo de alguna forma, ni un hombre ni dos podrían violar a una de esas chicas; son verdaderas tigresas.

—Esa es la impresión que me ha dado.

—Savage, esas chicas tienen un contrato en exclusiva con la Tiger Tobacco Company para su campaña publicitaria. Toda la publicidad está basada en ellas y en un tigre más manso que un gato, pero que da una imagen de fuerza terrible. Las peligrosas son las chicas y no el tigre.

—La orie-oriental, ¿cuántos, cuántos años tie-tiene?

A la pregunta de Ricky, Huang Tiw sonrió malicioso.

—Te gusta, ¿eh?

—Peso, peso ciento ochenta, ciento ochenta ki-kilos que no son de piedra, sino, sino de car-carne...

—Dime, Ricky, has ¿encontrado alguna vez en tu vida a alguna mujer que haya querido pasar la noche contigo?

—*No coment* —respondió Ricky, como cualquier político al uso.

—Oye, Savage, tu amigo no es tonto, pero la verdad, me gustaría conocer a la chica que se atreva a hacer el amor con él.

Ricky sonrió beatíficamente, no parecía enfadarse jamás; sin embargo, Savage sabía muy bien de qué era capaz Ricky con todo el fabuloso poder de su humanidad, dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso...

Ricky no era fácil de tumbar. Tenía ya en su cuerpo once cicatrices de bala y no estaba mermado lo más mínimo en sus facultades físicas, aunque desde que formara equipo con M. P. Savage había dejado de participar en competiciones de *Sumo, Kempo,* el boxeo chino, y también en el boxeo tailandés. Su figura siempre impresionaba cuando aparecía en un ring o en el *Dohyo,* el círculo de combate en el *Sumo.*

—Ricky sabe resolver en cada momento sus propios problemas —opinó Savage.

—Lo creo, pero... —Huang Tiw volvió a sonreír—, ¿Qué te parece si haces una exhibición de *Kung Fu* afuera en el *tatami?* Será una buena ocasión para presentarte a las chicas.

—Me parece bien. Tengo mi *judogi* en el coche, siempre suelo llevarlo.

—Entonces, preparemos una exhibición. Sé que eres un virtuoso del *Karate,* pero el *Karate* es lo que más se conoce en este *dojo y* a las chicas les gustará ver un poco de *Kung Fu.* Hasta podría preparar algo para Ricky.

—*¿Sumo?* —preguntó el propio Ricky.

—No, sé que aquí no te gana nadie en *Sumo,* tendríamos que ir al Japón para encontrar a tipos de tu talla, pero ¿qué te parece *Judo* en peso pesado?

—Judo no es la especialidad de Ricky, sólo es *sho dan* —advirtió M. P. Savage

—Acep-acepto, será, será una experiencia —dijo Ricky.

CAPÍTULO VI

El gran *tatami* del Miyajima Dojo fue despejado de obstáculos, paneles, cámaras y focos.

Las tres chicas se habían colocado las respectivas chaquetas de sus *karategis* blancos pero no los pantalones, por lo que mostraban sus flexibles y bien torneadas piernas mientras ocupaban unas butacas de primera fila para presenciar la exhibición de *Kung Fu.*

Se había corrido la voz por todo el *dojo* de que iba a realizarse una exhibición de *Kung Fu* por parte del conocidísimo reportero *free-lance* Moses Pacific Savage, pero antes habría otro combate de *Judo* entre pesos pesados.

En el *tatami* apareció Ricky con su enorme corpulencia, vestido con el *judogi* blanco y cinturón negro. Se atrevió a enfrentársele Washington Rock, el rubio que había estado en la puerta mientras masticaba chicle incansablemente.

Era algo más bajo que Ricky y pesaría sólo unos cien kilos.

Washington Rock, que en sí mismo era un peso pesado, al lado de Ricky parecía un hombre delgado y ágil. Las tres chicas hicieron comentarios entre ellas.

Miyajima, el propietario del *dojo,* se erigió en juez del combate. Su estatura, pequeña comparada con la de los dos grandes pesos pesados, resultaba insignificante, mas no se le podía menospreciar por su aspecto, ya que era cinturón negro tercer *dan* en *Judo* y séptimo en *Karate.*

Los dos luchadores se saludaron ceremoniosamente

Se sujetaron por las mangas y las solapas respectivamente en la *Kumi-Kata,* iniciando el combate.

En aquellos pesos pesados, el *Judo* no podía ser muy espectacular debido a que las proyecciones se dejaban de lado, incluso los *sutemis.* Ambos contendientes sabían bien que para vencer tenían que emplear las llaves de cadera o los derribos con las técnicas *Ashi-Waza.*

Los dos *judokas* se controlaban mutuamente y se fueron desplazando sobre el *tatami* bajo la atenta vigilancia de Miyajima que actuaba de juez.

Washington Rock demostró mayor agilidad que Ricky, mas no había forma de desequilibrar al gigante japonés, el cual trató de

aplicar a su adversario la *De-Ashi-Barai,* o barrido del pie avanzado.

Washington Rock aprovechó la ocasión; haló con fuerza de Ricky y giró sobre su pie derecho tratando de aplicarle una llave de caderas. La *Uki-Goshi* entró bien, pero no pudo culminarla. Ricky se zafó y con su peso desequilibró a Washington Rock que, sin darse cuenta, había caído en la trampa del gigante japonés que, de inmediato, le cayó encima sometiéndole a una inmovilización de la que trató de liberarse Washington Rock, mas Ricky estaba en el suelo con la inmovilización, en su elemento...

La aplicación de la *Kesa-Gatame* no era ningún secreto para Ricky. Era una llave en absoluto complicada, pero que algunos rehusaban aplicar porque el sujetado con esta primera inmovilización podía zafarse, mas el peso de Ricky lo impedía.

Ricky apretó con fuerza el deltoides de Washington Rock y aplastó todo su peso contra las costillas y el hígado de su adversario. Mantuvo sujeto al norteamericano caucásico hasta que el japonés Miyajima dio como vencedor a Ricky.

Washington Rock, al ponerse en pie, no digirió bien la derrota, no la aceptó porque no era un *budoka* puro. Conocía las técnicas y había alcanzado el grado correspondiente de cinturón negro segundo *dan,* pero carecía del espíritu de un auténtico *budoka.*

Miró con cierto desprecio a su vencedor, el cual sonreía, pero no con orgullo ni jactancia de triunfador, sino porque Ricky solía sonreír siempre con amabilidad y a todo el mundo, era su peculiar forma de ser.

Es tu única forma de ganar, ¿eh, amarillo? ¡Sentándote sobre las costillas de tu víctima! sólo sabes usar tu peso.

—No, no te entiendo.

—Encima, cretino.

No debes mo-molestarte, yo yo no he querido ofen- ofenderte...

—Ve a la ducha, Washington Rock —le recomendó Miyajima.

¡Bah!, le hago una *Hiza-Curuma* y...

Trató de humillarlo, mas se encontró con una desagradable sorpresa.

Ricky consideró que el combate de *Judo* ya había terminado y que la acción del derrotado Washington Rock debía tomarla como algo personal. Por ello, replicó con su técnica de *Sumo.* Lo sujetó por el cinturón y comenzó a girar sobre sí mismo...

—¡iiKiaiüü ii!!!

¡¡Nooooooooo!! —aulló Washington Rock al verse elevado en el aire por encima de la cabeza de Ricky, el cual seguía girando y haciéndolo girar a él hasta que le soltó para que volara fuera del tatami.

Washington Rock, para evitarse fracturas de huesos, rodó sobre

sí mismo con técnica de *budoka,* y la técnica de las caídas era lo primero que debía aprender cualquier principiante. No le sucedió nada, pero quedó humillado cuando había pretendido humillar.

Las tres muchachas aplaudieron calurosamente a Ricky por su actuación.

Ricky fue a sentarse junto a ellas y la chica oriental cruzó con él unas palabras en japonés que debieron agradarles, pues ambos rieron.

En el *tatami* aparecieron dos nuevos luchadores para hacer su exhibición de *Kung Fu.*

Huang Tiw se había vestido con un traje estampado en oro y negro, de gran riqueza de colorido. Por su parte, M. P. Savage apareció cubierto con un singular *judogi* color morado-violeta, con la flor del pensamiento en color oro bordado en la espalda.

Era un *judogi* nada ortodoxo, un *judogi* que no podía presentarse en las competiciones oficiales de las *Artes Marciales Orientales,* lo que importaba poco a Savage porque él no se presentaba a ninguna competición formal, ni en los grandes *Kodokanes* del Japón ni en las olimpiadas mundiales.

M. P. Savage sólo actuaba en algunas exhibiciones a modo de enseñanza o en su Liberty Garden, delante de los muchachos y muchachas que seguían su forma de vida, que se preparaban como él para luchar contra la corrupción de la humanidad y la explotación del hombre por el hombre. Se preparaban como *budokas* para vivir en la paz, pero para replicar si hacía falta a quien provocara tales réplicas con sus sucios manejos y actitudes criminales.

Ciertamente, no había unas reglas fijas para la lucha del *Kung Fu,* por lo que Miyajima, el dirigente del *dojo,* no podía actuar como juez. Los dos luchadores sabían perfectamente lo que era la lucha *Kung Fu,* madre de la mayor parte de las *Artes Marciales Orientales* a manos limpias del extremo Oriente y basada en las observaciones que de los animales había hecho un curandero chino, adaptando los movimientos de éstos a los del cuerpo humano.

Se saludaron y adoptaron sus respectivas actitudes, separados el uno del otro unos cuantos pasos.

Savage se percató rápidamente de que Huang Tiw tomaba la actitud morfológica del dragón volador, un pequeño lagarto que utilizaba unas membranas extensibles para volar, si es que se podía llamar volar a saltar de un árbol a otro, siempre desde una altura superior a otra inferior. Aquel dragón, también utilizaba sus membranas para aumentar de volumen y hacer su aspecto más feroz, asustando así a sus enemigos.

Mientras Huang Tiw se desplazaba a derecha e izquierda como el dragón, titubeando antes de saltar y preparando sus afilados

dientes y garras para el ataqué, observó a M. P. Savage tratando de averiguar qué actitud adoptaba para de esta forma conocer mejor sus puntos débiles por los cuales atacarle.

M. P. Savage adoptó las formas de defensa y la vigilancia de la cacatúa arará, la gran ave psitácea de plumaje negro con cresta que le daba un aspecto terrible.

La cacatúa arará podía atacar con sus alas, con sus patas de largos dedos y de uñas punzantes, capaces de efectuar terribles presas y especialmente con su pico grande y curvado. Por supuesto, el ser humano jamás podría adoptar todas las actitudes de un ave de aquella clase, aunque el luchador podía pasar de la imitación de un ave semejante a la cacatúa a la de un simple y pacífico francolín, el pequeño faisán chino.

—*HKiaiiiiii!* —rugió Huang Tiw, de tal forma que sus labios temblaron, tembló el aire y vibraron los oídos de los espectadores.

Saltó sobre Savage volando materialmente para tratar de golpear con sus talones sobre los deltoides de su adversario, es decir, contra los músculos de los hombros y de esta forma conseguir derribarlo. Sin embargo, Savage hizo un movimiento engañoso con su hombro derecho imitando el ataque del ala de la cacatúa arará.

Se volvió luego de espalda[A] y se inclinó sobre sí mismo, apoyando sus palmas sobre el *tatami* al tiempo que alzaba sus pies desnudos acoplándolos contra los pies de Huang Tiw que trataban de golpearle.

Lo hizo pasar por encima de su cuerpo sin que el atacante hubiera logrado su propósito.

Huang Tiw se recuperó con rapidez y miró sorprendido a Savage que había conseguido escapar a aquel salto terrible de dragón volador con que acababa de atacarle.

Huang Tiw atacó con otro:

— *¡ ¡¡Kiaiiiiiiii!*

Esta vez, el salto lo hizo con sus manos situándolas como espadas por delante, tratando de clavarlas una en el hígado y la otra en el glotis de Savage.

Savage cruzó sus manos abiertas y de canto, palma contra palma, separando y desviando las dos convertidas en espadas atacantes. Con la zurda, desvió el rostro de Huang Tiw y con la diestra, combándola hacia dentro a modo de pico cavador, aplicó un golpe no demasiado fuerte pero terriblemente efectivo contra las cervicales de Huang

Tiw que cayó desplomado ante la sorpresa de todos, pues le conocían bien y sabían de lo que era capaz en uno de sus ataques.

Savage respiró hondo mientras Miyajima se acercaba al caído, volviéndolo boca arriba para observarlo con atención. Se reincorporó y

miró a Savage fijamente, como constatando el temible adversario que podía ser el periodista.

—Se recuperará en unos pocos minutos; el *atemi* que le has aplicado a las cervicales le hará dormir un poco.

He ajustado el golpe para no dañarle ninguna vértebra.

—Sí —admitió Miyajima—, estoy seguro de que de haberlo querido, se las habrías fracturado.

Savage le saludó ceremoniosamente, sin responderle.

Las tres chicas contratadas por la Tiger Tobacco Company, que eran excelentes *budokas,* aplaudieron su actuación tras saber que a Huang Tiw no le pasaría nada grave.

Las imágenes de aquellas muchachas, junto al hermoso tigre, llenaban ya Estados Unidos con el slogan de *UN PLACER A SU ALCANCE.* Por supuesto, el *slogan* tenía doble intención y se refería a las chicas y a su evidente sensualidad, una sensualidad que las tres, cada una en su raza, tenían congénita.

Se acercó a las tres bellezas que mostraban sus piernas por debajo de la chaqueta del *karategi* blanco y preguntó a su amigo japonés;

Ricky, ¿no me presentas a estas preciosidades?

¡Sí, sí, Savage! Se llama Crystal —dijo señalando a la oriental.

La mulata sonrió abiertamente y se presentó a si misma:

—Soy Hirondelle.

Por su parte, la rubia dijo:

—Llámame Dy. Luchas muy bien. Ya habíamos oído hablar de Savage, el *Star-Budoka* del *judogi* violeta.

—¿Podríamos cenar juntos? —preguntó Savage muy cortés.

Su elevada estatura, su noble aspecto físico, la capacidad de lucha que tenía y la terrible virilidad que transpiraba le hacían fuertemente atractivo a los ojos femeninos, aunque la bella *budoka* oriental ya parecía decantar sus preferencias por Ricky, pues sabido era que las mujeres orientales, especialmente las *geishas,* sentían predilección por los poderosos y grandes *sumotoris.* Era como si su pequeñez física buscara el contraste y ser protegidas por aquellos gigantes orientales que rebasaban los ciento cincuenta kilos de peso.

La rubia Dy, siempre deseando congraciarse con Savage, explicó:

—Dentro de un par de horas tenemos que participar en un gran *happening* que se ha convocado en la playa de Sharp Park.

—¿Un *happening,* por algún motivo especial?

—Creo que lo organiza la agrupación de escultores internacionales independientes — aclaró la mulata Hirondelle, que tenía un ligero y cálido acento francés.

—Será divertido, ¿por qué no os venís? —invito Crystal—.

Nosotras haremos una pequeña actuación con un grupo musical *rocker.*

—¿Qué opinas, Ricky?

Mu-mu-muy bien.

Por cierto, ese *happening* no lo organizará la Tiger Tobacco Company, ¿verdad?

Las tres muchachas sonrieron. Dy explicó:

De forma indirecta, sí. Corre con algunos de los gastos; no se puede desaprovechar ninguna posibilidad publicitaria en esos momentos de relanzamiento de los cigarrillos «Tiger». En el *happening* habrá reporteros gráficos y televisión y lo que ellos fotografíen y filmen lo verá mucha gente cómodamente desde sus casas.

—Comprendo y si encima a esos reporteros se les meten unos billetes en los bolsillos, captarán imágenes muy específicas, las que más interesen a la Tiger Tobacco Company. Total, publicidad indirecta.

Hirondelle, riéndose, dijo como una sentencia:

—Todo es válido en nuestra sociedad consumista. El que más y mejor anuncia, más y mejor vende.

De eso no cabe ninguna duda. La masa, lo mismo que los rebaños, continúa yendo tras el *ding-dong* del cencerro.

El consumismo no es malo del todo —opinó Crystal —. Es cierto que todos compramos cosas innecesarias, pero al fabricarlas se da trabajo a muchos que no tendrían empleo de no elaborarse esas cosas quizá inútiles.

—Visto así —admitió Savage— digamos que es un mal necesario siempre que no se manipule en exceso y ese consumismo no sirva para dar empleo y sí para crear obligaciones absurdas y encadenar al hombre. Pero dejemos este tema; Ricky y yo os acompañaremos con mucho gusto al *happening.* Puede ser divertido y, por supuesto, será un placer veros actuar a vosotras.

CAPÍTULO VII

Se había habilitado una gran zona de *parking* provisional para que los automóviles no invadieran la playa. El alcalde había enviado a una compañía de policías para que mantuvieran el control con toda clase de coches y furgones y tenían la radio abierta en todo momento por si había que reclamar más ayuda, aunque no se esperaban desmanes en aquel *happening* convocado en la playa de Sharp Park.

Una lancha policial patrullaría también la zona marítima por si algunos se lanzaban al agua y luego no sabían cómo regresar a tierra por estar bebidos o simplemente por no saber nadar. En un *happening,* cualquier cosa podía suceder.

Moses Pacific Savage detuvo su gran «Daymio» en un lugar infernal repleto de piedras y arena. ¡Otro coche no hubiera podido estacionarse allí! por ello quedó más cerca de la playa.

Los automóviles se acumulaban con cierto desorden y había lujosos coches de hijos de papá millonario junto a otros vetustos y oxidados, que prácticamente iban perdiendo sus piezas mientras rodaban.

Se abrieron las portezuelas y saltaron al suelo Savage, las tres chicas y Ricky.

En otros vehículos, que tuvieron que buscar aparcamientos más adecuados, iban Huang Tiw, Miyajima, los cámaras y el director de publicidad.

—¿Vamos? —inquirió Savage señalando hacia la playa donde se había congregado una multitud variopinta de jóvenes y no tan jóvenes.

Allí había individuos de todas las razas con las indumentarias más diversas. No era una reunión de *hippies,* sino de gente que había lanzado lejos de sí toda clase de inhibiciones y deseaba comportarse como realmente era, sin problemas y ansiosos de captar nuevas sensaciones.

Había infinidad de tenderetes improvisados vendiendo *sandwichs* o cervezas, tarimas levantadas para que algunos grupos expresaran su música o su arte del mismo. También había varios tablados donde se ejecutaban esculturas, puesto que el *happening,* en principio, estaba convocado por la agrupación internacional de escultores independientes.

Los había modelistas, cinceladores; otros habían escogido la talla y la emprendían a golpes de formón contra un tronco para transformarlo en una expresión plástica. Algunos preferían la escultura forjada y utilizaban los sopletes oxidrílicos, aunque los que más abundaban eran los modelistas de arcilla.

Una compañía productora de arcilla para modelos había regalado tres camiones cargados de pastillas de arcilla húmeda para que los asistentes la utilizaran e incluso habían instituido un premio para no profesionales que ganaría aquel que lograra la mejor escultura a juicio de la presidencia de la agrupación de escultores. Era una forma de promocionar la escultura, el *hobby* de modelar.

Unos empleados de la Tiger Tobacco Company iban colgando banderines en los que se podía ver el tigre y los pitillos con el *slogan* de «Un placer a su alcance». También se regalaban sombreros de papel y viseras de cartulina que algunos no deseaban encasquetarse y arrojaban a los toneles de basura, pero muchos sí los aceptaban en principio porque los empleados de la Tiger Tobacco Company, al tiempo que entregaban las viseras, regalaban paquetes de cigarrillos que sacaban de unas sacas que portaban consigo.

Los cigarrillos «Tiger» corrían de mano en mano
y rápidamente pasaban a los labios de los asistentes.

Mientras se dirigían al gran escenario montado junto a la orilla, donde el agua batía la arena espumeando ligeramente, Savage observó cómo los asistentes al *happening* fumaban con fruición los cigarrillos «Tiger» y hacían gestos de aprobación. Aquellos pitillos estaban gustando. No era nada nuevo que una marca de productos, al regalar sus muestras publicitarias, diera la máxima calidad posible, una calidad que luego se degradaba, pero los cigarrillos «Tiger» parecían gustar más de lo normal.

En el gran escenario, un grupo musical expandía su vibrante música a todo volumen, con la sinfonía del rumor del mar de fondo.

Esperad por aquí, tenemos que hacer una exhibición al estilo *gogó* —dijo Dy a Savage.

Bien, esperaremos.

Las tres chicas subieron por detrás del escenario. Ricky comentó:

—Son bo-bonitas, ¿eh?

Mucho, Ricky, mucho. —Se volvió hacia un muchacho que tenía cerca y pidió abiertamente—: ¿Me das el paquete de cigarrillos?

—No, me lo ha regalado a mí.

—Cinco «pavos» por él.

—¿Por qué me pagas cinco «pavos» si te lo pueden regalar? —inquirió el chico, receloso.

—Porque me ven con esta ropa y no me han dado. Tú te puedes

comprar lo que quieras.

De acuerdo, vengan esos cinco «pavos».

Savage pagó los cinco dólares por el paquete de cigarrillos. Sacó uno y lo olió. Se lo pasó a Ricky diciéndole:

Dime a qué huele.

Ricky lo olfateó y contestó:

—Al ta-tabaco.

—Ya, pero...

Ricky volvió a olerlo con muchísimo cuidado y después pronunció unas palabras al oído de Savage.

—¿Seguro, Ricky?

No creo que se pu-pueda demostrar lo que te digo; si está, será una cantidad tan insignificante que no se podría de-demostrar.

¡Atención, atención, tenemos aquí a las tres chicas Tiger! —gritó el que tenía la boca pegada al micrófono—. ¡Un placer a su alcance gracias a los cigarrillos «Tiger»!

Los asistentes gritaron de todas las maneras imaginables. Los había enconadamente en contra del consumismo y otros estaban a favor, de modo que se organizó un griterío infernal, en parte sofocado por la música estridente dé un grupo musical.

Las tres muchachas comenzaron a bailar de forma vibrante y sensual. Su acción se transmitió a todo el *happening* y muchachos y muchachas comenzaron a bailar sobre la arena, secundándolas.

Dy, Hirondelle y Crystal se entregaban a la danza de una forma provocativa mientras eran filmadas. En medio de sus convulsiones hicieron un simulacro de *strip-tease* que no pasó de quitarse alguna prenda, pero que arrancó alaridos de la concurrencia.

No tardaron en ser imitadas por el público, aunque los que bailaban sobre la arena, algunos llegaron al máximo emulando a las bailarinas.

Hubo movimiento de policía, los filmadores comenzaron a quemar película y se inició un desorden que comenzó a preocupar a los controladores del *happening.*

En el cielo de la playa no tardaron en aparecer los helicópteros de la policía, reclamados por los que trataban de controlar el *happening* que se les escapaba de las manos. Hubo una histeria colectiva y contagiosa.

Algunos chicos y chicas, ya sin ropa, se lanzaron al agua manoteando.

Dy, Hirondelle y Crystal desaparecieron del escenario, pero la música seguía sonando aún con más decibelios.

—Vámonos de aquí, esto se pone feo —apremió Savage cogiendo a Dy de la mano.

Sonaron las sirenas de la policía, pero sus megáfonos no podían

oírse con claridad a causa del descomunal griterío.

Savage comprendió que allí había mucho material para noticias de agencia. Aquel *happening,* que podía haber resultado una cosa sana en favor del arte de la cultura, se había transformado en una auténtica *débâcle* en un caos de salvaje histerismo.

Si la policía y los bomberos no lo remediaban arrojando agua, se iban a cometer mucha clase de barbaridades, ayuntamientos consentidos, violaciones múltiples, palizas, posiblemente algún que otro ahogado y heridos en cantidad. Todo había sucedido con mucha rapidez, como si de pronto hubiera caído un rayo. Lo que era agradable y simpático se había convertido en algo feo y casi dantesco.

Consiguieron llegar hasta el coche «Daymio» y Savage lo puso en marcha. Nada podía hacer allí; todo era cuestión de las brigadas para controlar disturbios.

Savage sintió pena por la situación, por aquellos muchachos que querían ser puros en la manifestación de sus sentimientos y expresiones y en cambio eran manipulados sin saberlo, conducidos a una situación extrema donde afloraban los sentimientos salvajes que todo ser humano lleva dentro y que habitualmente quedan sujetos por el control de la razón y el sentido común.

Salieron del área conflictiva y siguiendo las indicaciones de las chicas, Savage rodó hacia la autopista 280.

Se cruzaron con furgones policiales que acudían al *happening,* reclamados por sus compañeros que recibían pellas de arcilla en la cara cuando no piedras o pedazos de madera en la lucha desatada organizada en la playa.

—Yo tengo que ver a un amigo —dijo la mulata llamada Hirondelle.

—¿Dónde quieres que te deje? —inquirió Savage.

— Para en un arcén cuando te diga y ya me las arreglaré.

—Te llevo a donde prefieras.

—No, no es necesario.

La tarde iba muriendo, se encendían las luces. M. P. Savage metió su poderoso automóvil dentro del famoso puente Golden Gate para cruzarlo. Al otro extremo, Hirondelle le pidió que se detuviera.

¡Mañana nos vemos! —exclamó la bella mulata, y se apeó del coche saludando con la mano.

—Vamos a la mansión —propuso la rubia Dy—. Tenemos el frigorífico lleno y podemos organizar una cena especial. ¿Qué os parece?

—¿Y dónde es eso?

—Tú sigue por donde te indique. Tenemos alquilada una mansión cerca de Tamalpais Valley, es un poco vetusta. La hizo construir un director de cine del tiempo del cine mudo. Vivimos allí las

tres. Le hemos hecho algunas reparaciones, sólo lo indispensable. Tiene acceso a una pequeña cala entre acantilados. En realidad es un nido de águilas.

—¿La ha alquilado Kink Yoke?

—Oye, Savage, ¿tienes una bola de cristal? —preguntó Dy sorprendida.

—No, pero como he oído que el cerebro de la Tiger Tobacco Company es ahora Kink Yoke y vosotras sois una exclusiva de los cigarrillos «Tiger»...

Savage se dejó guiar por Dy y en dirección norte, en la costa del Pacífico, se introdujeron por un camino particular muy deteriorado. Llegaron a la mansión tras cruzar una verja oxidada.

—¿Qué os parece? —preguntó Dy.

Crystal, la joven oriental, opinó:

—A mí me encanta. Kink Yoke dijo que aquí estaríamos tranquilas sin que nadie nos encontrara.

—¿Y no os llaman por teléfono? —preguntó Savage.

No hay línea telefónica —replicó Dy.

—¿Cómo os llaman entonces?

—Tenemos un receptor de radio F.M., recibimos los avisos por onda. No hay problemas, así dormimos a pierna suelta hasta que se nos necesita para una filmación publicitaria o para acudir a un determinado lugar.

—¿Y electricidad?

—También está cortada, pero tenemos un televisor que funciona con baterías. Es pequeñito, pero para ver algunos telefilmes y matar el rato, es suficiente.

Me gustaría ver las noticias de última hora para saber cómo ha terminado todo el asunto del *happening* —dijo Savage.

—Te lo pondremos; vamos a hacer una cena salvaje.

—¿Una ce-cena salvaje? —preguntó Ricky muy interesado.

Haremos una fogata en la arena cerca de las olas, Crystal y yo os prepararemos una cena que os chuparéis los dedos, nada de tenedores ni cuchillos, dedos y dientes —se rió Dy con espontánea alegría.

La mansión no era demasiado grande, planta, un piso y buhardilla. El salón era muy espacioso, apto para fiestas, mas todo allí parecía construido en cartón- piedra, como en los decorados cinematográficos.

La casa, en realidad, no era de cartón-piedra, pero sí tenía mucha escayola y madera barata, fácil de tallar aprisa y pintada con purpurinas doradas ahora desvaídas.

Todo aquello, muy cuidado, debía ofrecer un aspecto rutilante, pero al estar tan abandonado, el deterioro había sido progresivo y

hasta alarmante. Allí debía haber goteras y grietas en abundancia. De las cañerías, apenas quedarían algunas servibles y los desconchados abundaban por todas partes. Pero la mansión era grande y servía para reuniones informales o para aislarse del resto del mundo.

Si Kink Yoke había buscado un sitio para esconder a sus tres chicas, símbolos eróticos para la venta de los cigarrillos «Tiger», en aquella casona había encontrado el lugar ideal.

—Arriba están los dormitorios, en realidad sólo hay cinco que se puedan utilizar — explicó Crystal.

—Cinco son muchos —opinó Savage.

—Abajo tenemos la cocina y si salimos a la terraza veremos la luz sobre el océano, el acantilado y la pequeña cala arenosa. Allí cenaremos.

—¿Qué te parece, Ricky, aceptamos la propuesta de las chicas?

Por por mí, encantado —asintió Ricky muy complacido.

—Vosotros poneos cómodos. Si os queréis bañar abajo, podéis hacerlo, pero cuidadito, que de vez en cuando se acercan tiburones —advirtió Crystal.

Savage y Ricky descendieron por una escalerilla hecha con hormigón y barandas de acero pegada al acantilado y que bajaba a la pequeña cala particular.

Poco rato más tarde, ardía allí una fogata. Dy y Crystal atravesaron pedazos de carne y pescado con largos pinchos, los untaron con especias y comenzaron a asarlos. Más tarde, Savage y Ricky efectivamente se chupaban los dedos y bebían cerveza en abundancia porque la garganta les escocía.

—¿Qué diablos habéis puesto aquí dentro que pica tanto? —bufó Savage!

¡Secreto, secreto! —se rió Crystal.

Es una receta de ella —dijo Dy señalando a su compañera oriental.

—¿Te gusta, Ricky?

A la pregunta de Crystal, el japonés asintió y tomó más.

La cena, un poco salvaje en la grata soledad de la cala y con el agua del océano batiendo a escasa distancia, resultó magnífica.

—¿Me das un cigarrillo, Savage? —preguntó Dy.

No fumo —respondió el hombre.

—Te he visto un paquete —dijo ella riendo y cogiéndolo de la chaqueta de Savage que estaba tirada sobre la arena lo mismo que su camisa, pues estaba con el torso desnudo al igual que Ricky.

¡Eh, déjalo!

—Mentiroso, me has dicho que no fumabas.

Dy, riendo, abrió el paquete de cigarrillos. Savage la dejó hacer, no tenía unas razones sólidas para oponerse; sólo deseaba que no se

le fumaran todos los cigarrillos.

Ricky tampoco fumó. Dy y Savage se sentaron uno junto al otro, con las piernas tendidas hacia el mar sin que llegara el agua a sus plantas desnudas.

—Savage...

—¿Sí? —respondió él inclinándose hacia atrás, mirando las estrellas con sus ojos intensamente verdes.

—Tú no eres la clase de tipo que se casa, ¿verdad?

Ha de ser hermoso casarse y tener hijos.

Pero, tú no te casas —insistió ella.

No puedo.

—¿Por qué?

Es largo de contar. Tengo muchas obligaciones y creo que el hombre que se casa tiene la obligación inmediata de hacer feliz a su pareja, lo mismo que ella a él.

—Tú vas de un dado a otro del mundo; me han contado que tienes una «Piper Jet» que se llama *Spirit of Samurai,* ¿es cierto?

—Lo es.

—¿La pilotas tú mismo?

—Sí.

—Supongo que a ti habrá que preguntarte qué país no has visitado, en vez del que has estado.

—Pues, ya no sabría decirte donde no he estado. Me considero ciudadano del mundo, soy un poco de todas partes.

—Eres ciudadano americano, ¿no?

—Si te refieres a pasaporte, sí; la verdad es que hoy en día el pasaporte norteamericano es uno de los que más solvencia tienen, abre muchas puertas, pero de sentimientos no soy sólo americano; soy un poco europeo, un poco africano y quizá, lo que más, oriental. En fin, soy un ciudadano del planeta azul y en mi opinión, todas las fronteras deberían abolirse y también muchas otras cosas que ahora sería largo de explicar.

Lo que tú deseas es una utopía, algo inalcanzable.

—Yo no lo creo así. Tampoco soy tan iluso como para suponer que sea algo fácil de conseguir, pero el futuro es la unión de toda la humanidad. Se dejarán a un lado los pequeños y mezquinos problemas que ahora llamamos nacionales y seremos todo hermandad. La hermandad aniquilará la desigualdad. ¿Sabías que en según qué lugares de Africa, por idéntico trabajo, un negro cobra veinte veces menos que un blanco? ¿Sabes que un norteamericano consume al año, por término medio, ochenta veces más queroseno que un hindú y éste consumo es exponente de riqueza? ¿Sabías lo que devora un niño norteamericano, comparado con otro niño de Sudamérica?

¡Calla, Savage, calla, vas a amargarme la noche! ¡Eh, mira, se van! —Dy señaló hacia lo alto de la escalera.

M. P. Savage vio cómo Ricky y Crystal ascendían por la escalera de hormigón.

Ricky subía con mucha facilidad, llevando entre sus poderosos brazos a la complacida Crystal, que gustaba de sentir la fuerza de aquel gigante japonés.

Pobre Crystal —comentó Dy tumbada boca abajo, sosteniendo su delicada barbilla con una mano mientras fumaba con la otra y sus ojos se enturbiaban ligeramente.

—No la compadezcas, ella no tiene tu mentalidad,

—Es que tu amigo no es un enano precisamente.. ¿Cuánto pesa?

—Alrededor de ciento ochenta kilos.

—¿Y todo lo tiene proporcional?

Eso, que te lo cuente tu amiga.

¡Pobre Crystal! —repitió.

—Yo no me preocuparía por ella, la naturaleza es muy sabia, más de lo que la ciencia occidental supone a veces.

Eres un tipo interesante, Savage, pero esta noche no me hables de política.

—Si no te hablara de política...

Ni de ciencia ni de religiones.

—¿De qué quieres que te hable?

—¿Cómo haces el amor?

Eso no se explica... Se demuestra.

Dy se movió sobre sí misma hasta colocar su cabeza sobre la de él. Chupó el cigarrillo e inundó el rostro del hombre con el humo.

—¿Eres adicta a las drogas?

—No.

—¿No has tomado nunca drogas?

La verdad es que en una ocasión fumé un «porro».

Un cigarrillo de droga blanda, marihuana, hashish ¿Seguro que no has probado más drogas?

—Seguro, no me gustan las drogas, no soy una toxicómana.

—Y los cigarrillos «Tiger», ¿qué te parecen?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tienes los ojos un poco especiales.

—Será de lo que he comido y de lo guapo que tú eres.

—Eres una chica sin inhibiciones, ¿verdad?

—¿Se nota?

Dy mordisqueó los labios de Savage y él extendió sus dedos que aplicó directamente sobre la piel de la espalda femenina. Comenzó a acariciarla siguiendo las líneas que él conocía muy bien y

de tal forma que Dy ya jamás podría olvidarle.

El océano seguía batiendo espumeante la arena, muy cerca de sus pies que se entrecruzaban.

CAPÍTULO VIII

Pese a estar dormido, pese a que los pasos se deslizaban sobre la arena que crujía levemente bajo el peso humano, pese al rumor de las olas oceánicas batiendo contra la cala, Moses Pacific Savage se despertó.

Junto a él dormía plácidamente Dy, la rubia de la publicidad para los cigarrillos «Tiger». La muchacha era muy bella. Al practicar las *Artes Marciales Orientales,* no tenía grasa alguna en su cuerpo elástico y muy femenino.

Tuvo la sensación de que estaba en peligro y desvió la cabeza, mas fue tarde.

«Chas», se pudo escuchar.

Acababa de actuar una mano *karateka* armada con el mortífero *yawara* de la Secta del Dragón Bicéfalo, una organización de asesinos a sueldo que había inscrito el nombre de Moses Pacific Savage en su lista negra, la lista de las personas a ejecutar. Varios hombres, varias organizaciones habían pagado para que Savage muriera y no sólo eso, sino que también desapareciera su Liberty Garden, la escuela secreta de *budokas* fundada por Savage.

M. P. Savage dobló el cuello y su cabeza cayó pesadamente sobre la arena con el cabello ensangrentado. El pequeño bastón de madera de teca birmana le había alcanzado con uno de sus lados, es decir, con una de las estilizadas y casi toscas cabecitas de dragón.

Fue cogido por los pies y arrastrado por la arena hasta el agua. Lo pasaron a una pequeña lancha que tenía remos y motor. Obviamente habían utilizado los remos para aproximarse a la caleta sin hacer ruido y conseguir golpearle como lo habían hecho para asesinarle. Pero Savage no había muerto y no había muerto porque movió su cabeza justo a tiempo y el *yawara* no llegó a romper su cráneo.

Los remos hicieron fuerza contra el agua, desplazando la lancha que se alejaba lentamente de la playa en dirección a la salida de la caleta. En la arena continuaba durmiendo Dy, cerca de los rescoldos de una fogata.

En la lancha cuchicheaban tres personas. Había dos hombres y una mujer, así lo observó Savage cuando, despacio, abrió uno de sus párpados. El cráneo le dolía terriblemente. Quizá los asesinos de la

secta creían que estaba medio muerto, pero a Savage no se le vencía tan fácilmente.

Lo arrojaremos por la borda más lejos y los tiburones acabarán con él —dijo la voz femenina.

Savage, pese al intensísimo dolor de su cabeza, la reconoció.

«Hirondelle», se dijo.

En el momento de lanzarlo al agua lo fotografiaremos. Hay que tener pruebas de que Moses Pacific Savage ha muerto —dijo otro, el que movía los remos.

—Yo sabía que había que eliminarlo —dijo Hirondelle— por eso os he llamado; sola habría sido difícil.

Has hecho bien, Hirondelle —opinó otro del grupo de tres.

Savage comprendió ahora a quién pertenecía el *yawara* encontrado por Huang Tiw en el *dojo* de Miyajima. Aquel *yawara* era de Hirondelle, que había sido reclutada por la Secta del Dragón Bicéfalo para formar parte de la organización mundial de asesinos a sueldo.

—¿Lo echamos ya aquí? Deben haber tiburones cerca.

Detuvieron los remos.

Los dos hombres, uno oriental y el otro blanco, dos hombres que Savage no conocía pues los había observado con un ojo ligeramente entreabierto, cogieron por los pies y por los brazos a Savage mientras Hirondelle tomaba la cámara fotográfica con *flash* y disparaba para que una fotografía pudiera constatar la muerte del *Star-Budoka.*

—¡Todavía no estoy muerto! —rugió Savage cuando el *flash* relampagueaba sobre las aguas oceánicas, frente a la caleta, en la bocana de la misma.

Liberó uno de sus pies y propinó un *tobigeri* en la cara del oriental que cayó al agua. El otro, que se había convertido en punto de apoyo de Savage, quiso reaccionar y gritó:

— ¡Hirondelle, golpéale!

Savage, pese a su aturdimiento, producido por el terrible golpe del *yawara,* sabía que se las había con expertos en las *Artes Marciales Orientales.*

Descargó sus pies contra el borde de la lancha y ésta se decantó. Hirondelle perdió el equilibrio, lo mismo que el otro asesino de la secta.

La lancha volcó y Savage también fue a parar al agua, colocándose inmediatamente debajo de la lancha. Sabía que allí tenía una porción de aire respirable.

Oyó el chapoteo de sus enemigos y golpes contra el cascó de la barca. Savage se cogió con pies y manos, colocándose en la burbuja de aire que había quedado aprisionada en el hueco de la lancha que estaba al revés.

Aguardó un poco a ver lo que ocurría. Eran tres contra uno.

Por debajo de su vientre pasó algo que le sorprendió y que reconoció de inmediato: Era la aleta de un tiburón.

Los escualos estaban allí y corría el riesgo de ser devorado por los tigres del mar que aún no le habían localizado por estar dentro de la barca, pegado contra el casco, respirando el aire aprisionado.

Se mantuvo en su difícil postura procurando no dar señales de vida hasta que se fue enrareciendo el aire que respiraba.

Cuando decidió salir de debajo de la lancha, lo hizo nadando sin chapotear para no llamar la atención de los voraces tiburones que, al parecer, abundaban allí.

Consiguió llegar a la pared del acantilado. A la luz de la luna pudo ver varias aletas que nadaban en su busca, pero al llegar a las rocas se detenían.

M. P. Savage no sólo había escapado una vez más a los asesinos de la Secta del Dragón Bicéfalo, sino a la voracidad, a las dentelladas de los terribles tiburones.

Se sentó sobre una roca y respiró hondo, mirando hacia la superficie del mar. Sus tres atacantes no se veían por parte alguna; sólo estaba allí la lancha, flotando a merced de los movimientos del agua.

Savage prefirió olvidar tan desagradable asunto. Sabía que no iba a ser la última vez que se las tuviera que ver con miembros de la secta que ansiaba su muerte porque les habían pagado para que lo eliminaran, y quienes habían pagado eran los hombres y organizaciones denunciados por Savage en sus crónicas de información de gran escándalo.

No había visto con sus propios ojos que los tiburones atacaran al trío de sicarios, dos hombres y una mujer, pero lo había presentido. El mismo había estado a punto de ser devorado.

Cogiéndose a las rocas, corriendo el riesgo de caer otra vez al agua, avanzó hacia la arena de la cala donde Dy, ignorante de lo sucedido, seguía tendida, durmiendo plácidamente.

CAPÍTULO IX

Bajo la luz de un sol matinal, Moses P. Savage extendió la mirada de sus ojos brillantemente verdes por la superficie del mar en calma, donde todo parecía tranquilo y agradable. No consiguió ver la lancha volcada.

Sólo tocándose la cabeza podía constatar que lo sucedido aquella madrugada no era una pesadilla, sino una realidad.

—¿Qué te ocurre, Savage?

Se volvió hacia Dy que se había fijado en su cabeza y en la forma en que el hombre se la tocaba, aunque no podía ver herida alguna debido al abundante y grueso cabello negro que la cubría.

Nada, debí darme un golpe.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Anoche? Si todo fue suave, había arena.

La rodeó por los hombros y la estrechó contra sí.

No me hagas demasiado caso y tampoco te fíes de mí.

Me gustaría fiarme siempre, pero sé que eso no va contigo, Savage.

Mira, arriba en la terraza está Crystal.

—Vaya, parece que está muy bien.

—¿Y qué esperabas? ¿Encontrarla muerta? —inquirió él bromeando.

—Tonto...

Crystal les saludó con la mano alegremente. Después, en una gran demostración de su agilidad, dio unas volteretas apoyándose con manos y pies.

—¿Tenéis café? —preguntó Savage a Dy.

—Sí.

Pues, vamos arriba, tengo hambre.

Treparon por la escalerilla de hormigón. Ya arriba, Crystal les besó a ambos en las mejillas.

—¿No habéis pasado frío? —les preguntó la joven oriental.

No, ha hecho una noche muy agradable y la caleta está protegida de todos los vientos—.contestó Dy.

Le decía a Dy que podíamos tomar café —propuso Savage.

—Sí, Ricky también tiene apetito.

Encontraron a Ricky en el gran salón, encajado en una butaca, con un aspecto de profundo agotamiento. Sonreía entre beatífico y circunstancial.

—¿Qué te pasa, Ricky?

—¿A-a mí...?

Parece como si acabaras de llegar de una marcha de cien millas andando —rezongó Savage algo sarcástico.

—Se-se-será la ce-cena; no me sentó muy bien.

¡Ah, tan grandote como lo veis y es adorable! —exclamó Crystal acariciándole el rostro con sus manos, Ricky se estremeció de arriba a abajo.

—Ten-ten-tengo hambre —dijo.

Crystal se echó a reír con ganas y Dy y Savage la corearon.

No tardó la cocina en oler agradablemente a café. Había también huevos fritos, jamón, mantequilla. Ciertamente, las chicas de la publicidad de los cigarrillos «Tiger» estaban bien aprovisionadas.

—¿Cuántas manufacturadoras de cigarrillos tiene la Tiger Tobacco Company? — preguntó Savage entre mordisco y mordisco.

No sé, creo que muchas, ¿verdad. Crystal?

—Sí, muchas.

Pero, la más importante es la que tiene a pocas millas de San Francisco, ¿verdad?

—Sí —admitió Dy— ésa sí la conocemos.

—¿Tenéis entrada libre a la factoría cuando queréis? —preguntó Savage.

—Sí. Hemos filmado algo de publicidad dentro. Somos como las musas de los cigarrillos «Tiger» —se rió Crystal.

—Sí. Qué extraño que Hirondelle no haya regresado ya — comentó Dy algo perpleja.

Savage pensó que era mejor callar al respecto. Si los tiburones la habían hecho desaparecer, ya nadie volvería a saber de ella. Al cabo del año eran muchas las personas que desaparecían en Estados Unidos sin que jamás se supiera de ellas.

Me gustaría visitar la Tiger Tobacco Company —dijo Savage.

—¿Las plantaciones de tabaco? —preguntó Crystal.

No, la manufacturadora. Ya imagino que plantaciones hay muchas y de diferentes calidades. Una vez trituradas y mezcladas apropiadamente, se consigue el sabor característico de una marca determinada.

—Todos aseguran que la Tiger tiene un tabaco inmejorable — dijo Crystal.

Savage preguntó:

—¿Por sus efectos o por su sabor mientras se fuma?

—Pues, ahora que lo dices, es por sus efectos —respondió Dy.

—A mí, a mí no me gusta —sentenció el gigante japonés.

—Pues los muchachos que lo prueban dicen que no comprarán otro; que se lo pasan muy bien fumando «Tiger», que se quitan preocupaciones.

M. P. Savage opinó:

Los cigarrillos no han de quitar preocupaciones. Un cigarrillo entre los dedos o en los labios lo que ofrece a muchos es un poco de seguridad. Creen que su imagen se refuerza así, que tienen un aspecto más convincente. Si no tuvieran el cigarrillo, no sabrían qué hacer con sus dedos. Posiblemente le darían vueltas a un llavero y eso queda menos elegante. También, cuando se tiene un cigarrillo entre los dedos y se le prende fuego con un encendedor de última moda, muchos pretenden dar la impresión de que tienen mucho que hacer, mucho que pensar. Es una imagen distinta a la que ofrece el fumador en pipa que está sentado en una poltrona y a todas luces se nota que no quiere hacer nada.

Eso es casi un tratado de la sicología del fumador —se rió Dy ligeramente.

Me gusta observar a la gente —admitió Savage—. Los niños fuman para imitar a los adultos; las mujeres para parecerse o incluso emular a los hombres. Piensan que fumar les da independencia y lo que les da es esclavitud al tabaco, nada más.

Crystal añadió;

—También dicen que muchos fuman porque, sin saberlo conscientemente, no quieren olvidar la teta de la madre y así siguen chupa que te chupa.

—Sí, eso es lo que creen muchos sicólogos y siquiatras. El deseo de succión es innato en el ser humano; no podemos olvidar que fuimos *babies* —se rió ahora Savage.

—¿Piensas escribir sobre el tabaco y sus efectos? —le preguntó Dy.

No, eso ya lo han hecho otros y muy cualificados médicos y químicos han llegado a acusar al tabaco de muchas enfermedades.

Eso no ha hecho que se deje de fumar.

Es cierto, pese a las etiquetas de peligrosidad que se aplican a los paquetes de cigarrillos. La humanidad tiene demasiados problemas que trata de mitigar como sea y a la gente no le gusta pensar en lo que ocurrirá a la larga, cuando sean ya ancianos. Pero, dejemos el tema que sería muy largo. Si os parece, me agradaría visitar la manufacturadora de la Tiger. Si ha hecho un relanzamiento publicitario, opino que habrá comprado maquinaria nueva para fabricar los cigarrillos y empaquetarlos en cajetillas.

—Si se trata de un capricho —aceptó Dy—, ¿por qué no?

Por mí, vale —admitió Crystal.

—Un reportero *free-lance* debe verlo todo, debe conocer el máximo de cosas para que luego sus reportajes resulten mejor.

—Pero, con una condición —advirtió Dy.

—Tú dirás cuál.

—Que no nos harás ninguna fotografía.

—¿A vosotras?

—Sí. Tenemos un contrato muy riguroso de exclusiva con la Tiger y el director general, Kink Yoke, es un tipo que no perdona un fallo; nos aplastaría.

—Descuidad, sé perfectamente que sois las chicas de la Tiger, las chicas de «Un placer a su alcance».

—Entonces no habrá problema, pero no veréis nada importante. La factoría es una más. Hay los secaderos del tabaco, los trituradores de hoja, los mezcladores para conseguir el sabor Tiger y luego, esa mezcla va a parar a fa fabricadora de cigarrillos, eso sí, es sorprendente la velocidad y perfección con que se lían los pitillos.

—No hay que preocuparse, no-no-nosotros no fumamos.

La aclaración de Ricky hizo sonreír a las muchachas. Entonces, Savage semejó acordarse de algo.

—No sabemos cómo terminó el *happening* de ayer en la playa.

—Esperad, todavía faltan unos cinco minutos para las primeras noticias de la mañana. Si se armó una de gorda, repetirán los partes de la última hora de ayer noche.

Crystal, que se veía muy ágil y contenta ante la sorpresa de Dy, trajo el pequeño televisor portátil a color y lo puso en marcha. Al cabo de unos pocos minutos dieron las noticias matinales. Los sucesos del *happening* de la playa de Sharp Park habían rebasado el ámbito local y se daban por toda la nación, de costa a costa.

—Una veintena de heridos entre ellos cinco policías y tres muchachos muertos, dos de ellos ahogados.. —explicaba el locutor.

—¡Qué pena! —expresó Dy.

—Sí, es una pena —admitió Crystal—. Cuando nos reunimos de forma masiva y se pierde el control, ocurren cosas terribles.

El locutor proseguía:

—La policía sospecha que entre los asistentes al *happening* hubo un fuerte consumo de drogas. Se ignora la forma en que estas drogas se distribuyeron pese al riguroso control policial.

Mientras el locutor daba las noticias con voz en *off,* se podían ver escenas del gran caos que se produjo en la playa.

Los asistentes al *happening* luchando contra la policía, helicópteros sobrevolando la zona, potentes mangueras chorreando agua contra los muchachos que semejaban haber perdido la razón, enloqueciendo dentro de una histeria colectiva sin un motivo concreto.

En medio del caos, se veían banderines colgados anunciando

los cigarrillos «Tiger». No importaba que la publicidad se viera allí, lo importante es que se viera y al fondo, un gran panel con las tres chicas de la Tiger con el *slogan* de «Un placer a su alcance».

CAPÍTULO X

Chicano Pedrolo se hallaba trente al espejo del lavamanos en aquel cuartucho que daba al Muelle de Pescadores. Sus dedos manejaban con habilidad unas tijeras que recortaban su frondoso bigote. No era fácil tomar la sopa de una cuchara cuando el bigote estaba excesivamente largo y rebasaba el labio superior.

Sonó el timbre de la puerta y alzó su voz algo cascada para decir:

¡Ya voy!

Acabó de recortar unos pelos que, en su opinión, no estaban correctos de medida y todavía con las tijeras en la mano fue a abrir la puerta. Reconoció de inmediato al hombre que estaba en el umbral.

¡Savage!

¡Hola, Pedrolo!

Chicano Pedrolo vaciló y sin dejarle paso, dijo:

—Grizzly Jim se ha ido a correr al Bosque de Sequoias; anda un poco pasado de peso y...

—¿Puedo entrar?

Chicano Pedrolo se encogió de hombros. Tenía un aspecto bonachón pese a los ambientes en que se había quemado toda su vida. No era fácil para un chicano vivir entre los arrogantes anglosajones norteamericanos, los cuales no terminaban de darse cuenta de que si la tierra de California debía pertenecer a alguien, era más de los chicanos que suya por razón de origen, de indigenismo. Pese a los mestizajes, en ellos siempre había algo de sangre de la propia tierra, una sangre que se perdía en la noche de los tiempos, en civilizaciones que fueron grandes antes de que los blancos llegados de Europa pudieran sentirse orgullosos de ser una raza civilizada.

Cuando Moses P. Savage hubo penetrado en el apartamento, se acercó a la ventana y contempló las embarcaciones que flotaban en los muelles, bien sujetas por las amarras.

Chicano Pedrolo cerró la puerta.

—¿Quería decirme algo ahorita, Savage?

La verdad, tengo un pequeño problema.

—¿Y me lo va a contar a mí?

De espaldas, Savage respondió:

—Sí.

—¿Por qué a mí?

Savage se volvió hacia él y con palabras pausadas, amigables, que Pedrolo supo calibrar, puntualizó:

—Porque tú puedes ayudarme.

—Si está en mi mano hacer algo —dijo encarándose de nuevo con el espejo para seguir retocando su bigote, aunque ahora ya no le era necesario. A través de la luna observaba a Savage.

—Yo tengo un reportero gráfico muy bueno, maneja la cámara fotográfica y la filmadora de maravilla.

—Así debe de ser, cuando has ganado tanta fama,

—Se llama Juanito Chancleta.

—¿Chicano?

Puertorriqueño, de Nueva York. Vale mucho, pero ahora no puedo contar con él.

—¿Por qué, ha encontrado a otro que le paga más?

Chicano Pedrolo hablaba con aparente indiferencia, como barriendo cuanto Savage le decía. No demostraba interés por nada de lo que Savage pudiera decir, pese a que como respuesta hacía algunas preguntas.

—Está en el Tíbet.

—¿En el Tíbet, tratando de filmar al abominable hombre de las nieves?

No. Está tomándose un descanso, es como desintoxicarse un poco, hacer una depuración mental. La profesión de reportero gráfico le obliga a vivir en una constante tensión y debe reponer fuerzas.

—¿Y tú no te tomas descansos de esa clase?

—También lo hago. La verdad es que me disponía a tomar un descanso cuando recibí la fotografía de Robert Clyton y Kink Yoke. Me interesó el asunto y comencé a investigar. Deduje que había mucho de sucio y que si nadie lo ponía al descubierto, debía hacerlo yo.

—¿Y has descubierto algo? —preguntó Pedrolo deteniendo las tijeras en el aire.

—Verás, necesito un buen fotógrafo para culminar un reportaje que creo está maduro.

Pon un anuncio por palabras en cualquier periódico; no te faltarán ofertas.

—Quiero a alguien que esté dispuesto a correr un riesgo. La verdad es que ignoro cómo terminará este *affaire.*

—¿Es muy grande el riesgo?

Puede ser mortal. El fotógrafo no sólo ha de ser bueno, sino que ha de tener bien puestos los aguacates.

—¿Por qué supones que yo puedo ser ese fotógrafo?

—Verás, he hecho algunas averiguaciones y me he enterado de que tienes el *hobby* de la fotografía.

—*Hobby,* sí, pero no profesionalidad. Ni siquiera tengo un buen equipo.

—Yo sí dispongo de él. Sé que eres capaz de tomar buenas fotografías, tan buenas como la de Robert Clyton y Kink Yoke.

—¿Piensas que es buena esa fotografía?

—Sí, tomada con teleobjetivo pero es buena, tiene mucha claridad y puede ser utilizada para darla a información pública. Te pidió Robert Clyton que la hicieras, ¿verdad?

—Yo no he dicho nada.

—Vamos, Pedrolo, no te voy a denunciar al Sindicato.

Pedrolo suspiró y bajó los brazos como vencido.

Está bien. Temía que al final averiguaras que fui yo quien hizo la foto y te la mandó, aunque lo que más temía era que lo descubriera ese Kink Yoke del demonio. Es un asesino.

Lo sé.

—Y ahora que lo sabes... —Se volvió de nuevo hacia el espejo, trató de continuar con su bigote pero acabó arrojando las tijeras al interior del lavamanos. Se acercó a la cama y se sentó en ella.

Robert Clyton me dijo dónde debía instalarme para tomar la fotografía en que aparecieran él y Kink Yoke juntos y si algún día le pasaba algo a Clyton, debía enviársela a un metementodo que se llama Moses Pacific Savage.

—¿Por qué a mí y no a la policía?

Eso mismo le pregunté yo a Clyton.

¿Y qué te respondió?

—Que si Kink Yoke llegaba a asesinarle, no dejaría pruebas para que la policía le atrapara. En cambio, un hombre como Savage empezaría a hurgar sin legalismos, metería las narices hasta el fondo, pondría nervioso a Kink Yoke y terminaría dejándolo con el culo al aire.

—Clyton quizá pensaba que yo podía hacer más de lo que realmente puedo hacer.

Dijo que lo que no fuera capaz de hacer Savage, 110 lo haría nadie. Yo, al ver que la justicia daba carpetazo al asunto de Clyton, seguí las indicaciones que me habían dado, eso fue todo.

—¿Apreciabas a Robert Clyton?

No puedo decir que fuera un angelito. Era un traficante de drogas independiente; quiero decir que no estaba unido al Sindicato, aunque no se enfrentaba a él. Clyton era listo hasta que se tropezó con Kink Yoke.

—¿Te explicó Clyton cuál era el negocio que llevaba entre manos?

No, no me lo contó y ahora me preguntarás por qué confiaba en mí.

Exacto.

Pues, por Grizzly Jim. La verdad es que los dos hermanos no se llevaban muy bien. Robert había intentado darle trabajo a su hermano, pero éste quería salir en la vida por sí mismo y no depender de su hermano. Digamos que Grizzly Jim no es muy despierto y si no subiera a un ring estaría de estibador en los muelles. Robert deseaba ayudarle y sabía que su hermano no aceptaría su ayuda. Grizzly Jim es más orgulloso de lo que parece.

—Y Robert Clyton decidió ayudar a su hermano a través de ti.

Eso es. Me pasaba unas cantidades para que cuidara de Jim. La verdad es que Grizzly Jim no gana lo que parece ni lo que él mismo cree; yo le miento diciéndole que la bolsa es más alta de lo que realmente es.

—Y la diferencia es lo que te entregaba Clyton para su hermano.

—Sí. De esa forma Grizzly Jim era ayudado por su hermano sin que se diera cuenta. Ahora tendré que decirle que las cosas no van demasiado bien y que la bolsa ha bajado.

En principio llegué a pensar que Robert Clyton había confiado en su hermano, pero al conocer a Grizzly Jim comprendí que era demasiado riesgo confiarse a él. Es un niño grande, por eso, al tiempo que hacía otras investigaciones, buscaba al hombre que me envió la fotografía.

—Y diste conmigo.

—Correcto. ¿Me vas a ayudar a dejar con el culo al aire a Kink Yoke?

De acuerdo, cuenta conmigo. Le debía muchos favores a Clyton y hasta he terminado apreciando a Grizzly Jim como si fuera mi hijo. ¡Qué estupidez!, ¿verdad?

Nunca es una estupidez apreciar o amar a! prójimo. Bien, el trabajo será esta noche. Te dejaré una buena cámara con película ultrarrápida. Habrá muy poca luz y harás las fotografías disimuladamente y sin *flash.*

—Será interesante colaborar con el famoso Moses Pacific Savage —dijo Chicano

Pedrolo, sonriéndose a sí mismo.

CAPÍTULO X

Hemos estado buscando a Hirondelle por todas partes y no la hemos encontrado — dijo Dy muy preocupada—. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—O el mar —añadió Crystal.

El automóvil «Daymio» emprendió la marcha. En él viajaban Ricky en su sillón giratorio, presto a salir por la doble portezuela posterior; Chicano Pedrolo en el asiento central y las dos muchachas se acomodaron en el asiento delantero junto a Savage que conducía. El coche era lo suficientemente amplio para que cupieran todos holgadamente.

¡Ah!, no os he presentado a Chicano Pedrolo; es un buen amigo y experto en cigarrillos —explicó Savage.

No será tanto —repuso Pedrolo sonriente.

—¿Después de visitar la factoría iremos a la mansión del acantilado? —preguntó Crystal mirando a Ricky que se la quedó mirando a su vez con los ojos muy abiertos.

—Sí, ¿por qué no? —aceptó Savage, rodando con el auto hacia la manufacturadora de cigarrillos en California de la Tiger Tobacco Company que dirigía Kink Yoke.

Por el camino charlaron animadamente de temas intrascendentes. Al fin llegaron ante la verja que cerraba la entrada a la factoría. Dos grandes globos luminosos señalaban la entrada y un vigilante uniformado salió a recibirles.

—¿Adónde van? —les preguntó.

—Venimos a ver la factoría ahora que no hay gente trabajando para no molestar —dijo Dy inclinándose sobre Savage, apoyando sus manos en los muslos masculinos.

¡Ah, es usted, señorita! —exclamó el guardián, reconociéndola.

—Sí, también viene Crystal y ellos son unos amigos.

No se preocupe, señorita; ya me dijeron en dirección que ustedes podían pasar cuando quisieran, pero ahora no van a ver nada, todo está parado.

No importa, daremos un vistazo y luego nos marchamos. Quiero enseñar a mis amigos la factoría, no se creen que sea tan grande como les cuento.

—Ahora la Tiger no es como antes, señorita, ha surgido de una

forma sorprendente. Hacía tiempo que no se veían salir tantos camiones cargados de cigarrillos. ¿Quieren que les guíe?

No es necesario, nosotras ya conocemos la factoría, gracias.

—Como gusten —aceptó el vigilante.

Abrió la verja metálica y íes dejó entrar. Pasaron al interior del recinto y rodaron barriendo las sombras con sus faros, pasando de pabellón a pabellón.

—Todo esto son almacenes —indicó Dy.

—¿Y las naves mezcladoras? —preguntó Savage.

—Creo que son los pabellones cuatro y cinco.

Buscaron por la numeración hasta detenerse frente a uno de los pabellones. Abrieron las portezuelas y se apearon. Ricky lo hizo por la doble portezuela posterior, haciendo girar su sillón especialmente diseñado para albergar sus ciento ochenta kilos de peso.

Junto a Ricky también saltó fuera del coche un perro no muy grande, de pelaje color caramelo oscuro. Tenía un largo hocico.

¡Eh!; ¿de quién es este chucho? —preguntó Crystal al verlo.

Nos acompaña —contestó Savage—. Es un buen perro.

Ni me había dado cuenta de que viajaba con nosotros —dijo Dy —. No ha dado un solo ladrido.

—Es-es-está muy bien edu-educado —aclaró Ricky.

Pedrolo miró interrogante a Savage; éste le guiñó un ojo e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¡Eh, ayudadme a abrir la puerta, es muy grande! —dijo Dy.

Entreabrieron el portalón lo suficiente para que Ricky pudiera pasar y todos se introdujeron en la gran nave. Savage, ayudado por una pequeña linterna, se acercó a la palanca que daba paso al fluido eléctrico y la conectó, iluminándose la nave de inmediato.

Aparecieron ante ellos las grandes máquinas mezcladoras de tabaco picado, tabaco que era triturado en otras naves. Allí se mezclaba y dejaba listo para liar los cigarrillos «Tiger».

—Bueno, aquí la tenéis —dijo Dy—. Es grande, ¿verdad?

Pedrolo, con su cámara de fotografiar disimulada en un reloj de pulsera, iba tomando instantáneas.

—Yo no veo nada de particular en todo esto —objetó Crystal.

Por su parte, Savage opinó:

—Es interesante.

—Si estuviera todo funcionando, quizá —observó la rubia Dy.

Ricky exclamó:

—Hue-hue-huele mu-mucho a tabaco.

—Pues, ¿a qué iba a oler? —inquirió Crystal—. Aquí todo es tabaco.

El perro olfateaba yendo de un lado a otro. Caminaron con una charla intrascendente por entremedio de los grandes recipientes

mezcladores.

El perro se detuvo frente a uno de los recipientes pintado de rojo exteriormente; olfateó con más atención y emitió unos débiles ladridos.

—¿Qué le pasa al chucho, Savage?

Savage miró al can y dijo:

—Quizá esté un poco nervioso. ¿Tú qué opinas, Ricky?

Ricky se acercó al perro. Olfateó unos restos de picado de tabaco que allí había y dijo: —Es po-posible que ten-tenga razón.

—¿Razón, por qué? —preguntó Crystal sin entender nada.

—Nunca está uno muy seguro de qué es lo que inquieta a un animal; éstos tienen algunos sentidos más agudizados que nosotros los humanos, que por vivir en el confort y haber dejado de ser cazadores hemos ido atrofiando sentidos que podían tener nuestros ancestros los bosquimanos.

El perro se puso muy nervioso; intentó subir al depósito, dio varias vueltas sobre sí mismo y ladró más fuerte. Olfateó el suelo y se alejó.

—¿Adónde va ahora?

—Sigámosle— propuso Savage.

Crystal preguntó divertida;

—No habremos venido aquí a la caza del conejo, ¿verdad?

El perro se detuvo con el hocico pegado a una tapa de acero y cemento. Olfateó con más fruición y ladró muy fuerte, como si hubiera hallado lo que buscaba.

—Ya ha descubierto la madriguera de los conejos —se rió Crystal.

—No, este perro no está entrenado para descubrir conejos —corrigió Moses P. Savage.

—Entonces, ¿qué es lo que busca? —interrogó Dy, intrigada.

—Sí, ¿qué busca? No creo que haya aquí ninguna otra clase de animal.

—Es un sabueso entrenado para detectar droga.

—¿Droga? —repitió Dy extrañada, borrándose de su boca la sonrisa desenfadada que antes tenía.

—Me lo ha prestado un amigo de la Brigada Antidroga de la policía; le he dicho que se lo devolvería sano y salvo. Cuesta mucho educar a un perro de esta clase para detectar la droga por el olfato. Lo que no descubre un análisis químico porque son simplemente indicios, lo olfatea un perro así entrenado. Aunque la droga haya sido encerrada en una bolsa de plástico hermética, siempre queda impregnada de olor en el momento de ser introducida la droga en la bolsa. Algunos traficantes ensucian la bolsa exteriormente con aceite y grasa, pero el olfato de estos perros tan especiales la descubre

igualmente.

El animal seguía ladrando. Ricky se inclinó sobre la tapa de acero intentando levantarla, mas no hubo forma.

Habrá una ce-cerradura reforzada por el in-interior —dijo Ricky.

—Hará falta una palanca —opinó Chicano Pedrolo.

—Savage, ¿nos ha utilizado para buscar droga aquí? —preguntó Dy sombría.

Dy, no me tomes rencor; nada tienen que ver ciertos momentos que hemos vivido juntos con lo que ocurra aquí.

—Pero ¿qué es lo que pasa aquí?

—Según los ladridos del perro, abajo hay droga.

—Ya lo veo claro; lo importante para ti era salirte con un buen reportaje, coger en falso a la Tiger, ¿verdad?

Es algo muy serio, Dy, muy serio. Ricky, por favor, calma al perro.

—Si, si.

El japonés le dio un caramelo especial que sacó del bolsillo y que el can comenzó a mascar con mucho interés. Era un caramelo de premio y a la vez calmante.

—De modo que hemos sido utilizadas por un periodista a la caza de noticias para la prensa amarilla —suspiró Crystal decepcionada.

—Será mejor que os explique algo a las dos.

No quiero saber nada más, vámonos de aquí —exclamó Dy.

Savage la sujetó por un brazo. Dy trató de liberarse de la presa y no lo consiguió, aunque tampoco forzó la situación; en el fondo deseaba escuchar lo que Savage quería decirle.

—Aquí abajo hay droga que se mezcla con el tabaco de promoción para el relanzamiento de los cigarrillos «Tiger».

No es cuestión mía — replicó Dy.

—Sí lo es porque tú, con tu imagen, pides a la sociedad que consuma estos cigarrillos que llevan droga para habituar a quienes los prueban.

—No creo que en realidad lleven droga, la policía la hubiera detectado —protestó Crystal.

—Kink Yoke es un asesino. Ha recogido el encargo de relanzar la Tiger y además de la publicidad que ha hecho con vosotras, «Un placer a su alcance», utiliza la droga.

—Los que fuman no lo saben —objetó Dy.

—No lo saben pero sí notan que se transforman fumando cigarrillos «Tiger». ¿Qué pasó en el *happening?* La droga que pueden poner en un cigarrillo no será perceptible para un laboratorio, pero si esos muchachos y muchachas, en grupo o en la soledad de sus casas, fuman un cigarrillo tras otro, ¿cuánta droga acumulan en sus organismos? Decid, ¿qué sucedió en el *happening,* cuántos pitillos

fumaron aquellos jóvenes que semejaron enloquecer?

—Es a-aceite de hashish —explicó Ricky.

—¿Aceite de hashish? —repitió Crystal muy sorprendida.

—Sí. Por lo visto, Kink Yoke se hizo con una fuerte partida de aceite de hashish. Este aceite se diluye con alcohol y con esta solución se vaporiza, tipo *spray,* sobre una mezcla de tabaco como el que hay aquí dispuesto para ser liado en forma de cigarrillos. Estos quedan drogados muy ligeramente, pero el que no esté habituado a la droga nota sus efectos. Luego, si a un cigarrillo sigue otro, se va acumulando droga en el cuerpo. Dejando aparte los asesinatos, la sangre vertida, sólo el hecho de drogar el tabaco para crear el hábito de fumar cigarrillos «Tiger» es un crimen de los más repugnantes que ha cometido Kink Yoke. Imagino que aquí debajo estará el aceite de hashish, ese aceite que utilizan los drogadictos para dar una ligerísima pincelada a un cigarrillo habitual, lo cual es como una dosis fuerte, una dosis que equivale a varios «porros», es decir, a varios pitillos de marihuana.

—Nosotras no sabíamos nada de esto —dijo Dy muy impresionada.

—Ya es tarde; ahora lo sabéis —dijo una voz en aquel recinto.

Kink Yoke apareció encima de uno de los recipientes y por los costados salieron varios hombres, entre ellos Huang Tiw, Miyajima, Washington Rock, Phil Nobody y cuatro más.

Bueno, Kink Yoke, ya está todo descubierto. La Tiger Tobacco Company droga con aceite de hashish sus pitillos para crear hábito; por eso regala los primeros paquetes.

Es cierto. En poco tiempo, la Tiger venderá más cigarrillos en el mundo que ninguna otra marca. Nadie podrá impedirlo y todos creerán que ha sido gracias a la audaz publicidad basada en la imagen de las chicas del tigre. Por cierto, falta una. ¿Dónde está la mulata Hirondelle?

—Quizá fuera.

No —replicó Dy; mas al ver la actitud de Savage, rectificó — : No sé.

De modo que hemos sido utilizadas también por la Tiger— dijo Crystal con amargura.

Kink Yoke se rió cínicamente.

La imagen sensual y erótica de una mujer siempre sirve para ser utilizada.

—¿Por qué eliminó a Robert Clyton? —preguntó de pronto Chicano Pedrolo.

—¿Por qué? Nadie tenía que saber que utilizaba aceite de hashish para crear hábito en los fumadores de cigarrillos «Tiger», me hubieran hecho chantaje. Por otra parte, muriendo Clyton, me costó

barato.

Saltó al suelo cuando, inesperadamente, Chicano Pedrolo se abalanzó sobre él.

Nobody disparó su arma contra Chicano Pedrolo. Hubo confusión y Crystal corrió hacia la puerta. Logró bajar la palanca del fluido eléctrico, apagando la luz.

Todos entraron en acción. Tres hombres de Kink Yoke iban armados e hicieron varios fogonazos.

¡No disparéis, me vais a dar a mí, estoy cogido! —gritó Kink Yoke que se sentía apresado por una fuerza gigantesca, una fuerza llamada Ricky.

Crystal tuvo una buena idea; no se apartó de la palanca y cada unos cuantos segundos la conectaba dando unos instantes de luz que servían a los contendientes para buscarse y atacarse. Entonces, volvía a dejar la nave a oscuras.

Savage sabía que Huang Tiw y Miyajima eran los más peligrosos; por ello les atacó directamente, con *Tae Kwon Do* y *Kung Fu* alternativamente.

Dy había reaccionado como Crystal y atacó a Nobody desarmándole con una *yoko geri keage.* Sus patadas látigo resultaron terriblemente efectivas. La pelea fue feroz y con lo que no contaban era con la irrupción de la policía, la Brigada Antidroga que M. P. Savage había puesto sobreaviso, advirtiéndoles de que si sonaban disparos entraran en la factoría. Así lo hicieron y cuando la policía irrumpió en fa nave, lo hicieron dando órdenes con un megáfono y amenazando con sus armas.

¡Quietos todos, luz!

Crystal conectó la luz. Por el suelo aparecieron un montón de cuerpos tendidos. Kink Yoke estaba cogido por el cuello por la manaza de Ricky mientras el perro prestado por la policía bostezaba.

¡Has dado en el clavo, Savage, tendrás un buen reportaje! —

felicitó el teniente de la policía, acercándosele.

Hay que ayudar a este hombre, es Chicano Pedrolo.

Chicano Pedrolo había recibido dos balazos pero no mortales. Aún pudo esbozar una sonrisa mientras se lo llevaban en una camilla.

La trampa de acero fue levantada y aparecieron los envases que contenían el aceite de hashish con que se drogaban los cigarrillos «Tiger» para crear hábito y vender así ingentes cantidades.

—Perdona, Savage —pidió la joven rubia con expresión compungida.

—¿Por qué, Dy?

Kink Yoke ha sabido que vendríamos por mi causa; yo le he pedido permiso para visitar la factoría.

Lo había supuesto, por eso he avisado a la policía; estamos a la

par. Kink Yoke quería averiguar hasta dónde podía llegar yo. —Sopesó el reloj que era una cámara de fotografiar y añadió—: Será un buen reportaje-denuncia. Que la gente sepa cómo es manejada por unos criminales como Kink Yoke.

—Sí, con el *slogan* de «Un placer a su alcance».

Dy suspiró y salió caminando junto a Moses Pacific Savage mientras Crystal lo hacía con Ricky y el perro policía se iba con sus verdaderos amos de la Brigada Antidroga de la Policía Estatal de California.

F I N

Notas

[←1]

La publicidad subliminal, también llamada "publicidad de destello", consiste en la aparición de una marca en la pantalla de cine o televisión, de forma tan rápida que la mente consciente no la registra; su nombre, sin embargo, es visto y anotado de manera inconsciente. Este tipo de publicidad es ilegal y está prohibido. (N. del A.)

[←2]

Kata, **formas arregladas de antemano de los métodos demostrativos de ataque, defensa y contraataque. (N. del A.)**